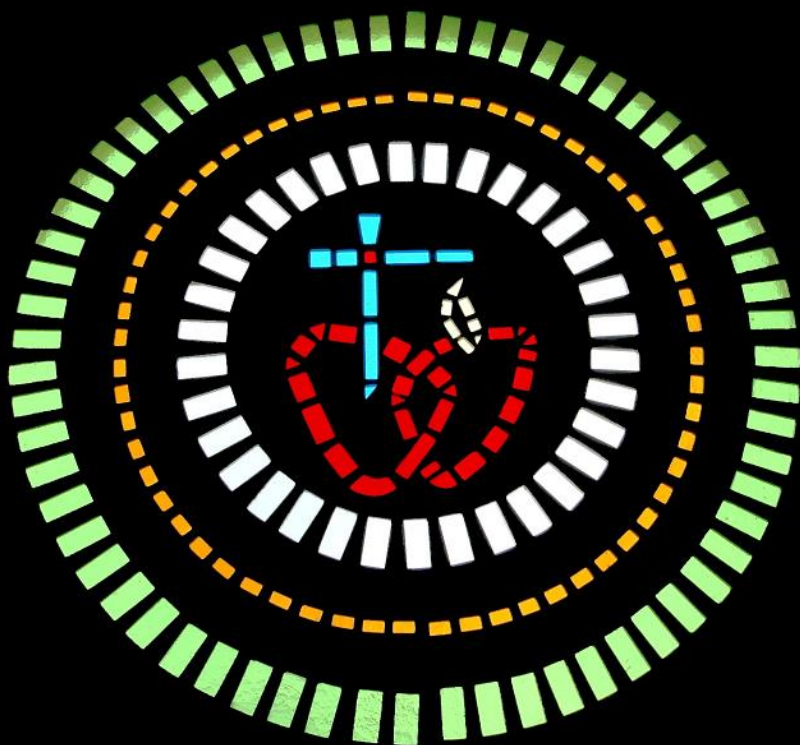


Cuadernos de Espiritualidad - nº 25

# Pobreza, castidad y obediencia hoy



---

Congregación de los Sagrados Corazones



**POBREZA, CASTIDAD Y  
OBEDIENCIA HOY**

**Cuadernos de Espiritualidad - n° 25  
2023**

Foto de cubierta: Vidriera de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Talayuela (España), realizada por Conrado Monreal ssc y Osvaldo Aparicio ssc.

## **Comité de Redacción**

La Comisión de Patrimonio Espiritual e Histórico:

María Beatriz Montaner ssc

Derek Laverty ssc

Éric Hernout ssc

Andrzej Łukawski ssc

Sudhir Nayak ssc

Fernando Cordero ssc

Damos las gracias a Patricia Villarroel ssc, Alberto Toutin ssc y Derek Laverty ssc que amablemente han colaborado escribiendo este texto. Hacemos especial mención de los traductores y del secretariado.



# ÍNDICE

Introducción ..... 7

Los votos religiosos,  
una mirada para el joven de hoy  
*Patricia Villarroel ssc* ..... 8

Seducidos por el Señor. La fuente inagotable  
del voto de pobreza, castidad y obediencia  
*Alberto Toutin ssc* ..... 24

La centralidad de la experiencia religiosa  
*Derek Laverty ssc* ..... 82





## INTRODUCCIÓN

Ofrecemos un nuevo *Cahier* que nos resulta ciertamente apasionante, pues toca lo más neurálgico de nuestra vida religiosa: el voto de castidad, pobreza y obediencia.

Nuestros hermanos Patricia Villarroel ssc, Alberto Toutin ssc y Derek Laverty ssc nos proponen un nuevo relato, desde su reflexión y experiencia, sobre este tema desde perspectivas diferentes y complementarias.

El jesuita José María Rodríguez Olaizola afirma: “¡Qué pena que no encontremos una manera más valiente para hablar de nuestros votos! Y si un día, en vez de hablar de estos votos de pobreza, castidad y obediencia, lo hiciéramos de libertad, amor, y misión compartida, que es lo mismo?”. Creemos que los autores de los artículos que siguen a continuación intentan dar respuesta a esta cuestión, que anida en el fondo de muchos de nosotros.

Desde la Comisión de Patrimonio Espiritual e Histórico animamos a la lectura de estos textos. Vayamos un poco más allá y compartamos nuestras reflexiones en la reunión comunitaria o en las conversaciones con nuestros hermanos y hermanas. Seguramente nos hará mucho bien.

## **LOS VOTOS RELIGIOSOS, UNA MIRADA PARA EL JOVEN DE HOY**

*Patricia Villarroel ssc  
Superiora General*

Aquellos que recibimos el siglo XXI como adultos nos damos cuenta que los cambios culturales de las últimas décadas, nos desafían especialmente en la relación con los jóvenes. Si es difícil hoy día ser padre de un adolescente o de un joven, no es más fácil ser su educador, su maestra de novicias o su hermano de comunidad. Y no pienso que los jóvenes de hoy sean más difíciles que los de antes, más bien creo que no estamos preparados para las múltiples diferencias que hay hoy día entre los distintos grupos generacionales. Nos cuesta integrar convenientemente lo nuevo en nuestros estilos comunitarios. Tenemos que convivir quienes conocimos las viejas victrolas -aunque fuera en casa de nuestros abuelos-, con quienes nacieron con el celular en la mano y llevan la música en el bolsillo. Los que escribimos cartas con lápiz y papel debiendo esperar muchos días la respuesta, con quienes se comunican de forma virtual e instantánea, con amigos de todo el mundo. Los jóvenes que se acercan a la Iglesia, y los que entran a la vida religiosa y a nuestra Congregación de los Sagrados Corazones hoy día, son hijos de este tiempo. Pensando en ellos he pretendido hacer una reflexión

sobre los votos religiosos que pueda ser comprendida y acogida con su sensibilidad.

## **PARA COMENZAR**

Presentar al joven de hoy un estilo de vida basado en los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, nos exige hacernos cargo de aquellos interrogantes que permanecen abiertos y no dejan de incomodarnos. Por señalar algunos, me parece que el cuestionamiento al voto de pobreza, cuando están cubiertas todas las necesidades básicas y asegurados los estudios, la salud y el descanso, parece del todo legítimo. Cuestionar el voto de celibato en el difícil momento por el que pasa la Iglesia, en que se han multiplicado las denuncias por religiosos que no lo han vivido en verdad, dejando víctimas por abusos inadmisibles, es más que razonable. Hablar de voto de obediencia mostrando un cierto infantilismo de actitudes y opiniones personales, al menos, requiere de ciertas explicaciones. La vida consagrada, y junto con ella los votos, tiene una dimensión simbólica importante que debiera eximirnos de muchas aclaraciones. Sin embargo, al parecer, sin ellas, los votos resultan francamente incomprensibles en el mundo de hoy, especialmente para los jóvenes que exigen coherencia y que tienen derecho a esperar claridad y sinceridad de parte de los adultos. Se impone, por tanto, una relectura de los votos adecuada a los tiempos actuales.

Nadie discute hoy día que la vida consagrada no fue propuesta por Jesús a sus discípulos, y que los textos, en los que se la ha fundado desde siempre no están dirigidos especialmente a los consagrados. Ni el texto del joven rico, ni la escena de Marta y María, ni ninguno de los llamados a los apóstoles, fueron escritos ni pensados para la vida religiosa. Ellos son testimonios, mensajes y hechos de la vida de Jesús atesorados por las comunidades primitivas y consignados en los evangelios para todos sus discípulos. A pesar de ciertos grupos como las comunidades de profetas, los nazireos, o los rekabitas, en los que podemos reconocer algunas características de la vida consagrada actual, no es fácil encontrar en la Escritura testimonios de ella como se fue desarrollando en la historia de la Iglesia. Más bien podemos decir que en la Biblia no existe vida consagrada como la entendemos hoy, aunque tengamos que decir de inmediato que tampoco ésta existe sin la Biblia... siendo que es una forma particular de vivir lo esencial de la vida cristiana: el seguimiento de Jesús.

La exhortación apostólica *Vita Consecrata*<sup>1</sup> destaca varias veces la llamada a una existencia *crístiforme* de la vida consagrada, expresada en la vivencia de los votos religiosos. Recordemos, por ejemplo, el texto que dice: "...mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no sólo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de

---

<sup>1</sup> VC: Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Vita Consecrata* (1996).

reproducir en sí mismo, en cuanto es posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo» (VC, 16). Esta afirmación resalta que la vida religiosa es fundamentalmente vida consagrada, y que, a través de los votos, intenta imitar y hacer presente el estilo de vida de Jesús: pobre, célibe y obediente.

No está de más recordar, entonces, que la vida cristiana nace de un *pueblo consagrado* por la elección de Dios, ratificada a lo largo de su historia, y que, además, todos los bautizados han sido *consagrados* en la fuente bautismal. Si hablamos de *vida consagrada* para referirnos a la vida religiosa, no aludimos a una consagración distinta, más completa o más perfecta. El Concilio Vaticano II sitúa “la vida consagrada en continuidad con el bautismo y como un modo peculiar de desarrollarlo” (Uríbarri, 22)<sup>2</sup>. Poniendo el acento en la consagración, podemos decir que más que tres votos, o cuatro, o cinco, hay *un voto de consagración*, que por la profesión religiosa compromete la vida entera para ser “*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús...*” (VC, 22). Lo que la tradición fue descomponiendo en tres votos, a lo largo de los siglos, no es más que una forma de desglosar el todo en función de tres dimensiones humanas muy fundamentales, que involucran la propiedad de los bienes, la afectividad y la sexualidad, y la relación con la autoridad y el poder.

---

<sup>2</sup> Gabino Uríbarri Bilbao sj, y otros, *Raíz y viento*, Sal Terrae, 2015.

En la profesión religiosa se consagra la vida entera; al pronunciar los votos se explicita un compromiso público de ordenar y manejar con madurez y responsabilidad, el deseo de tener, la búsqueda del placer y el afán de poder; impulsos o tendencias humanas naturales que bien reguladas son un potencial de fortaleza, alegría y plenitud de vida.

## **I. EL VOTO DE POBREZA: DESPRENDIMIENTO Y SOLIDARIDAD**

En un mundo como el nuestro, en el que las dimensiones de la pobreza y la inequidad social son enormes, mientras –paradójicamente- proliferan los bienes materiales de una manera insospechada, parece más necesario que nunca hablar de la pobreza evangélica, del desprendimiento y la libertad ante los bienes, del sentido de justicia y del llamado a la solidaridad, implicados necesariamente en el voto de pobreza. No hace falta traer datos concretos para afirmar que, a pesar del progreso y los avances tecnológicos y científicos de las últimas décadas, todavía hay muchos que mueren de hambre, que no tienen acceso a la salud, que no saben leer... Este es el contexto donde el voto de pobreza puede hablar significativamente, o simplemente, puede no decir nada.

Una mirada de fe a esta situación social nos lleva necesariamente a reconocer en cada uno de esos rostros a Jesús mismo

---

sufriendo todo tipo de carencias. El texto evangélico del juicio final es claro y definitivo. Jesús se identifica con cada uno de los desnudos, los presos, los hambrientos... (Mt 25, 31-46). Y es un imperativo para todos sus seguidores preocuparse de vestirlos, visitarlos y darles de comer. ¡Cuánto más para quienes se han consagrado para vivir con su misma forma de vida! Es cierto que no podemos reducir la pobreza a las carencias materiales. Hay pobreza también en la soledad y el abandono, en el discriminado y el excluido, en el enfermo terminal... No podemos abstraernos de ninguna de estas realidades si queremos que el voto religioso de pobreza tenga algún sentido para la sociedad de hoy.

Mirando a Jesucristo, “que siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9), descubrimos el despojo, el vaciamiento y la oblación total. El primer testimonio de pobreza que Él nos da es la encarnación. Es en esa ofrenda, en el desprendimiento absoluto desde donde surgen su disponibilidad y libertad, y la capacidad de realizar hasta el final la misión que le encomendó su Padre. Para ello nació en un pesebre lejos de su tierra y murió en una cruz como un delincuente. Por ello sus amigos eran pescadores sencillos y mujeres humildes de un pueblo pequeño, y su estilo de vida, un caminar itinerante... La pobreza encierra un valor muy grande cuando nace de una opción libre y coherente que se hace por amor. Entonces, enriquece.

La necesidad de bienes materiales es indiscutible. Ciertas pertenencias propias favorecen el crecimiento y desarrollo de una vida digna. Necesitamos casa, comida, remedios, educación... Pero el deseo de tener se vuelve, a veces, insaciable, compulsivo, y si no se educa convenientemente, si no se ordena y regula en función de principios y valores, se convierte en esclavitud y se transforma en fuente de división, de injusticias, de segregación. El ansia de tener debe evangelizarse para dejarle espacio a un corazón de pobre purificado de intereses mezquinos, dispuesto a servir con actitud solidaria, y lleno de compasión por el sufrimiento de los demás.

Una propuesta de vida religiosa para un joven de hoy, no debe olvidar aquello que el Papa Francisco dice en su exhortación apostólica *Christus Vivit*<sup>3</sup> hablando a los jóvenes: “Para que la juventud cumpla la finalidad que tiene en el recorrido de tu vida, debe ser un tiempo de entrega generosa, de ofrenda sincera, de sacrificios que duelen pero que nos vuelven fecundos” (CV, 108). El voto de pobreza no puede restringirse a pedir permiso para usar una cosa o tener otra. Es un compromiso de vivir con sobriedad, en comunidad de bienes, solidariamente con los demás, haciendo opción por los más desprotegidos, y luchando por la justicia social. “El lenguaje que la gente joven entiende es el de aquellos que dan la vida (...) y el de quienes, a pesar de sus

---

<sup>3</sup> CV: Papa Francisco, Exhortación apostólica postsinodal, *Christus Vivit* (2019).



---

límites y debilidades, tratan de vivir su fe con coherencia” (CV, 211).

La pobreza evangélica es exigente. Es una actitud del corazón vivida con libertad interior, que se expresa en una vida sencilla dispuesta siempre a compartir confiadamente lo que se tiene, dando testimonio del *tesoro que se ha encontrado en el campo* (Mt 13,44). Implica desprendimiento de bienes y de protagonismos, para caminar al lado de quienes carecen de los recursos y las posibilidades de revertir su situación. Para acompañar a quienes luchan diariamente para salir de una pobreza que no han elegido y que los confina a vivir en los márgenes, en las periferias, excluidos del bienestar de la vida social.

## **II. EL CELIBATO POR EL REINO, UNA MANERA DE AMAR**

Toda reflexión que se haga hoy día sobre la castidad consagrada debe partir por señalar positiva y claramente el valor de la sexualidad humana. Querida por Dios, creada por Él y reflejo de su ser trinitario (Gn 1,27), la sexualidad es una dimensión humana básica que determina toda la vida. El ser humano es sexuado, y ello se manifiesta en su manera de pensar, de sentir, de comunicarse y relacionarse con los demás... “Las capacidades de la sexualidad humana no son meramente genitales, sino relacionales, comunicativas, cognitivas, afectivas... dado que las instancias de la sexualidad abarcan a toda la persona humana. A través de la sexualidad entramos en el misterio del amor”

(Puerto, 26) <sup>4</sup>. Ella nos impulsa a salir de nosotros mismos en busca de otro a quien amar. Es una fuerza, una energía que nos dio el mismo Dios al crearnos, para entrar en relación con las demás personas.

“Los jóvenes reconocen que el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial para su vida y en el camino de crecimiento de su identidad. Sin embargo, en un mundo que enfatiza excesivamente la sexualidad es difícil mantener una buena relación con el propio cuerpo y vivir serenamente las relaciones afectivas” (CV, 81).

El ambiente social, hoy día, ha banalizado el comportamiento sexual de modos muy extremos. Fácilmente se identifica lo sexual con lo genital, y con frecuencia no se considera lo sexual unido a lo afectivo, al compromiso, a la responsabilidad. Hemos pasado de un tabú del que no se hablaba con naturalidad entre padres e hijos -por lo que la formación sexual estaba francamente descuidada -, a concepciones muy triviales que distorsionan el sentido de lo sexual, atentando contra el desarrollo integral de las personas.

En este contexto, el celibato religioso tiene una valoración muy negativa. Muy pocos remiten la castidad consagrada al amor, o la reconocen como un camino de plenitud humana y como

---

<sup>4</sup> Cosme Puerto, O.P., PLIEGO, *Vida Nueva* 2336.

fuentes de fecundidad apostólica. Se la mira, más bien como una renuncia difícil y dolorosa, y en algunos casos como la castración de una dimensión fundamental de las personas. Y no pienso que no haya alguna responsabilidad de ello en la manera como se ha vivido el celibato, sobre todo si se pensó alguna vez que la castidad consagrada implicaba no amar ni tener relaciones de amistad muy profundas.

En la mentalidad bíblica, que resalta la procreación como la manera de realizar la vocación humana de ser imagen de Dios, prácticamente no existe el celibato. El ejemplo de Jeremías a quien Dios le pide conservarse célibe, lo convierte en señal de las catástrofes que se avecinan. (cfr. Jer 16,2). Será Jesús quien introduzca esta forma de vida que *no es para todos sino sólo para aquellos a quienes se les ha concedido, y que tiene su sentido en el anuncio del Reino de Dios* (Mt 19,11). Jesús valora el matrimonio y la familia, pero es célibe porque su compromiso con el Reino está por encima de todo y lo relativiza todo. Su misión concentra todas sus energías vitales, también sus energías sexuales.

El celibato cristiano no es el resultado de un esfuerzo propio y personal de prácticas ascéticas y renunciaciones dolorosas. Es un carisma espiritual, un don gratuito del Espíritu que le permite al célibe transformar sus energías sexuales en un verdadero potencial de vida para ponerse al servicio del Reino y desarrollar el amor universal. Ello no significa, por cierto, que se inhiba el apetito sexual y se aminoren las dificultades propias del control

del impulso. De allí la importancia de una formación adecuada y sólida para vivir una sexualidad célibe. Es necesario reconocer que el impulso sexual, aunque poderoso, es manejable, y que el control sereno, maduro y consciente, del impulso no es equivalente a una represión dañina y neurótica. Por el contrario, que forma personas libres, dueñas de sí mismas, y capacitadas para el amor gratuito.

La castidad consagrada no es la simple abstinencia sexual. Ello sería restringir lo sexual a lo genital sin considerar todos los aspectos implicados. La sexualidad célibe se logra a través de un proceso dinámico que abarca toda la vida y que crece en el marco de la madurez humana, en la identificación con el propio género, en la relación consigo mismo y con los demás, en la expresión de los afectos,... El camino de hacerse célibes, implica trabajo personal, desarrollo y crecimiento. Se requiere de una formación permanente para avanzar en ello, para abrazar la causa del Reino como un absoluto, y se necesita una vida de oración y discernimiento que permita reconocer y fortalecer el carisma del celibato, otorgado por el Espíritu, para amar con el amor de Jesús.

### **III. EL VOTO DE OBEDIENCIA: ESCUCHA Y DISCERNIMIENTO**

El libro bíblico del Génesis nos ofrece una buena referencia para entrar en la reflexión de la obediencia. La Creación surge de la voz de Dios, de la Palabra que Él pronuncia. *Dijo Dios*, repite

---

por cada día, el texto de la Creación ... *y hubo, y así fue*, replica cada vez. Dios dice y se hace, porque la palabra que sale de su boca no retorna sin cumplir aquello a lo que ha sido enviada (Is 55,11). La Creación responde a su proyecto, a su voluntad creadora, y todo está bien y todo es bueno porque la voz de Dios ha sido escuchada (Gn 1). Por el contrario, la desobediencia de Adán y Eva consiste en que escucharon otra voz: la voz de la serpiente (Gn 3,1-13). Así, se rompió la armonía, y la Creación entera “fue sometida a la vanidad” (Rom 8,20).

Pero Dios no abandona su plan y promete la redención (Gn 3,15). Y va a preparar, para ello, un pueblo oyente. Un pueblo obediente que ponga en práctica su voluntad. “Escucha, Israel” (Dt 6, 1-13), es el comienzo de la oración más importante del pueblo elegido; la que recoge su credo y que tendrá que repetir varias veces al día. En el lenguaje de la Biblia la obediencia tiene su correlato en la escucha. “Ah, si mi pueblo me escuchara, si Israel siguiera mis caminos”, dice el salmo (Sal 81,14).

La historia del pueblo de Dios es historia de escucha y rebeldía, de alianza y desobediencia. Los profetas serán hombres oyentes y por eso hablan en nombre de Dios. Y *hacia el final de los tiempos*, María, la nueva Eva, sabrá escuchar. “*Hágase en mí según su palabra*”, le responde al ángel (Lc 1,38). Y entonces, nace el nuevo Adán, el *obediente* por excelencia, que al entrar a este mundo dice: “*¡He aquí que vengo -pues de mí está escrito en el rollo del libro-, a hacer, oh Dios, tu voluntad!*” (Hb 10,7).

Son muchos los textos bíblicos que nos iluminan para entender la obediencia. San Juan presenta a Jesús, con una clara conciencia de su misión de enviado que obedece el designio del Padre. Los evangelios lo muestran en actitud de escucha permanente. En la oración a solas, en su atención a la vida, a las personas, a las situaciones ... Por eso Él puede decir: “*mi alimento es hacer la voluntad del Padre que me ha enviado, y llevar a cabo su obra*” (Jn 4,34); o también: “*he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*” (Jn 6,38). Su vida entera está marcada por la escucha y el cumplimiento de la voluntad de Dios.

La obediencia religiosa no es cumplir órdenes o mandatos de otro. Ella está íntimamente relacionada con la escucha de Dios, con su proyecto, con la misión que nos ha encomendado. Y obedecer a Dios es dejarse conducir por el Espíritu para hacer su voluntad.

La palabra obediencia, etimológicamente, significa *escucha* (el verbo obedecer viene del latín *ob-audire*), y en continuidad con el pensamiento bíblico, la obediencia religiosa es escuchar la voz de Dios. Podemos decir que el voto religioso es la promesa de buscar permanentemente (escuchar), y vivir con fidelidad, la voluntad de Dios (ponerla en práctica). El único que merece nuestra obediencia radical, es Dios. Las mediaciones, sea de los superiores, la comunidad, la regla, o cualquier otra, son la ayuda que recibimos para reconocer el querer de Dios en la vida. Cuando

tenemos conciencia de nuestra fragilidad y de las múltiples formas del autoengaño, buscamos y agradecemos estos apoyos. Es necesario, muchas veces, renunciar a las ideas propias, al deseo personal, para asumir las decisiones que se han manifestado en la comunidad o en el discernimiento de la autoridad. Y se requiere silencio y oración porque “sólo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente” (CV, 284).

Nuestra cultura actual identifica la obediencia con la falta de autonomía, con la sumisión y la falta de madurez. Y puede haber algo de razón en ello, cuando se han cometido abusos de poder, o se han conocido autoridades muy dominantes que restringen la libertad del otro, o personas muy inmaduras en sus relaciones con la autoridad. El desafío de hoy, es recuperar la esencia de la obediencia, en el marco del discernimiento de la voluntad de Dios. La obediencia no es pasiva, es una búsqueda activa de lo que Dios quiere de cada uno, para ponerlo en práctica. En esta dinámica se involucra el afán de poder, una pulsión humana que nos habita, y que es importante para el desarrollo de la personalidad. Necesitamos ciertas cuotas de poder para crecer, y ejercerlas para aprender a tomar decisiones y hacernos responsables de la propia vida. Los dones, las capacidades, los talentos personales son fuentes de poder, que vividos de modo equilibrado nos permiten crecer.

Sin embargo, hay problemas cuando no aprendemos a manejar nuestras ansias de poder y dominamos a otros, convirtiéndolos en objetos de nuestras necesidades o caprichos. Por ello, es tan importante regular la pulsión y aprender a conducirla para el servicio de la comunidad, de la misión y de la vida que queremos vivir. Los jóvenes de hoy tienen mucha sensibilidad ante los colectivos. Pertenecen a grupos, se reúnen en asambleas donde dialogan, discuten y toman decisiones. Ellos pueden entender la obediencia religiosa cuando está enfocada a la misión conjunta de la comunidad o la Congregación, y cuando surge del diálogo y el discernimiento que busca por sobre todo obedecer a Dios.

## **PARA TERMINAR**

Los laicos valoran, en general, estos compromisos de los religiosos. Los jóvenes, unos más que otros, están abiertos a entenderlos. La sensibilidad juvenil está siempre dispuesta a reaccionar ante la pobreza, la injusticia y el dolor humano. Un poco más difícil puede resultar que ellos entiendan el celibato, porque tampoco la castidad tiene mucho sentido en los ambientes juveniles actuales. ¿Es cierto que estamos en deuda con la formación en esta materia? La obediencia podrá ser comprendida si se da entre hermanas y hermanos todos adultos. Pero vale la pena preguntarse si no habremos caricaturizado un poco los votos, acentuando las renunciaciones que ellos implican en vez de resaltar la vida que ellos ofrecen.



Los jóvenes religiosos deben entender que a ellos les toca renovar la vida religiosa. En momentos de crisis, de dificultades, ellos son la esperanza de futuro. Aquello referido a la Iglesia en el documento final del Sínodo de los obispos, y que el Papa cita en su exhortación *Christus Vivit*, es válido también para la vida consagrada. “Este momento oscuro, ‘con la valiosa ayuda de los jóvenes puede ser realmente una oportunidad para una reforma de carácter histórico’, para abrirse a un nuevo Pentecostés...” (CV,102).

Los votos religiosos tienen un sentido profético. Anuncian una forma nueva de vivir, que anticipa un mundo distinto y mejor. Los jóvenes quieren ese mundo nuevo, valoran la generosidad de la entrega, la alegría en el trabajo diario y la plenitud de una vida austera, consecuente y abnegada. Existen muchos testimonios de religiosas y religiosos que pueden enseñarles “que se experimenta mayor alegría en dar que en recibir, y que el amor no se demuestra sólo con palabras, sino también con obras” (CV, 197). De ello depende que los votos sean comprendidos como una alternativa de vida plenamente realizada, al servicio del Reino de Dios.

# **SEDUCIDOS POR EL SEÑOR**

## **La fuente inagotable del voto de pobreza, castidad y obediencia**

*Alberto Toutin ssc*  
*Superior General*

### **I. INTRODUCCIÓN**

Comparto con ustedes estas reflexiones sobre el voto de pobreza, castidad y obediencia que define y estructura la vida consagrada en la Iglesia. La vida religiosa tiene como sentido y misión el testimoniar a través de sus miembros y de sus servicios, la riqueza inagotable de Jesús, la fascinación que ejerce su persona y su Evangelio. Esa riqueza se encarna en la diversidad de carismas y formas de vida religiosa en la Iglesia, servidora de la humanidad. Nuestra familia religiosa aporta su coloración particular a esta vasta gama de colores que dan rostro a Jesús y a su Espíritu. El carisma que recibieron y maduraron nuestros fundadores nos consagra al amor de Dios por la humanidad, manifestada en los corazones de Jesús y de María. Eso es lo que actualizamos el día de nuestra profesión religiosa en la Congregación. Sin embargo, estos elementos, que pueden parecer claros en el discurso, los percibo menos en su fuerza inspiradora hoy, para cada uno de nosotros, hermanos y hermanas de la Congre-

gación. Esto lo veo, tanto en los lugares donde la Congregación acoge hoy numerosas vocaciones, como también en aquellos en que hace años no las ha habido. No es una cuestión ni de números ni de sobrevivencia. Es simplemente una cuestión de vida hoy, de lo que nos hace vivir y morir como religiosos consagrados a los Sagrados Corazones.

Para hacernos más sensible a la cuestión vital que plantea el voto de pobreza castidad y obediencia en la Congregación, presento lo que he visto y oído en los encuentros con los hermanos, durante el curso de mis visitas.

Cuando encuentro a nuestros jóvenes de la formación inicial percibo una diversidad de motivaciones con las que hoy desean seguir a Jesús en nuestra familia religiosa. En general, traen preguntas y miradas frescas sobre nuestra Congregación, sobre nuestros apostolados y opciones. También los veo sensibles, por un lado, a la coherencia entre lo que viven y se transmite en las casas de formación y lo que vivimos en las comunidades apostólicas. Y, por otro, a la calidad de nuestra fraternidad. Les resulta incomprensible que hermanos entre sí no se hablen u oigan comentarios irrespetuosos sobre un hermano.

Y entre los hermanos que llevan más recorrido y que viven en comunidades apostólicas es raro que alguno me hable de cómo la profesión religiosa lo sostiene e inspira en su vida. Más bien lo que veo es dificultades en la vivencia de alguna dimensión

del voto, con la castidad que es una lucha constante, con la pobreza que en pocos plantea inquietudes. Y muy a menudo me comparten las dificultades con el voto de obediencia, por algún conflicto con el superior de turno o antiguo, por un cambio en la misión que sorprendió, o incluso por una decisión de un capítulo provincial y que, mal asumida, permanece como una herida no cerrada desde hace años. Y si alguna vez, aparece de modo más explícito el tema de los votos, lo que oigo es más bien las renunciaciones y las privaciones que comportan y, en el mejor de los casos, lo que fue recibido al respecto durante el noviciado, 10, 20 o 40 años atrás. Pero, en general, no veo que haya una comprensión positiva del contenido de los votos ni tampoco un enriquecimiento de esa comprensión, desde los cambios o combates que cada uno ha experimentado en su vivencia de los mismos.

Esto nos lanza el desafío que formulo así: desde nuestra experiencia, atentos al contexto presente e inspirados por nuestra espiritualidad SSCC: ¿Qué decir en positivo, de inspirador para hoy del voto de pobreza castidad, y obediencia?

Para profundizar esta pregunta y encontrar elementos de respuesta propongo una doble clave de lectura de los votos:

1. La vocación de la vida religiosa se inscribe en la vocación bautismal. Su especificidad es su dimensión profética, es decir, que recuerda y anticipa la vida nueva recibida en

---

el bautismo y que nos orienta a la participación, desde ya y para siempre, en la vida de Dios, a la santidad. Se trata entonces de acoger y desplegar la vocación a ser en Jesús hijos e hijas de Dios, su Padre y nuestro Padre, y hermanos y hermanas entre nosotros. Ello incluye también a la creación entera que lleva en sí las huellas de su creador, quien la ha querido buena y la ha confiado al cuidado del ser humano. En otras palabras, la vocación religiosa, a través del voto de pobreza castidad y obediencia, está llamada a hacer más transparente estos elementos esenciales de nuestra condición filial y fraternal que caracterizan la vida en Cristo y que recibimos en el bautismo.

2. El voto de castidad, pobreza y obediencia hunde sus raíces en algunas dimensiones antropológicas fundamentales: la vivencia de la sexualidad y la afectividad en nuestra relación a los otros, nuestra relación a los bienes y la libertad, desde la cual a través de las opciones y decisiones vamos orientando y asumiendo el curso de nuestra existencia. Estas dimensiones reciben una nueva significación, orientación y condiciones de desarrollo tras el encuentro con Jesús y su Evangelio. “Sigo a un hombre que me cogió por el centro de la vida, por mi profunda interior raíz, por lo mejor de mí mismo” (Esteban Gumucio). El haber sido tocados por Jesús, por su Evangelio, asume estas dimensiones y las transforma. La vida religiosa está entonces llamada a “testimoniar del profundo significado antropológico” (Vita Consecrata, 87) del voto de

castidad, pobreza y obediencia o un “profundo humanismo cristiano”<sup>5</sup>.

## II. ALGUNOS HITOS EN LA HISTORIA DE LOS VOTOS

Sin pretensión de ser exhaustivos, señalo algunos hitos en la historia de los votos en la vida religiosa. Hitos inspiradores que perduran hasta nuestros días y que piden a cada uno de nosotros una permanente reapropiación.

En su origen está la novedad y la buena noticia que significa presencia de Jesús y el frescor de su llamada, para “seguirlo a él”. Se trata de un encuentro con Él, siempre a través de sus testigos. Son estos, con su vida, los que invitan a otros a beber de la fuente de su transformación, Jesús. Ello se traduce en respuestas individuales, en formas de vida eremítica o comunitarias o cenobíticas. Los evangelios constituyen la regla u orientación fundamental de la vida cristiana. Quienes abrazan este estilo de vida, lo expresan a través de una forma de vida célibe, de pobreza y de comunidad de bienes -como en las primeras comunidades cristianas-. Y ello se expresa, de algún modo en una forma de compromiso-promesa, propósito, o voto

---

<sup>5</sup> Francisco, Discurso del papa con ocasión del encuentro de los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana, Catedral de santa María de la Flor, Florencia (martes 10 de noviembre de 2015). Cf. [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/november/documents/papa-francesco\\_20151110\\_firenze-convegno-chiesa-italiana.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/november/documents/papa-francesco_20151110_firenze-convegno-chiesa-italiana.html)

---

público hecho ante otros. El acceso a Jesús, a su Evangelio está siempre mediado por oyentes y lectores de su palabra y que por su experiencia se constituyen en “Padres” (*Abbas*) o “Madres” (*Ammas*) de la comunidad<sup>6</sup>. En ellos se puede encontrar consejo, testimonio coherente de vida. Seguir a Jesús y su Evangelio conlleva al encuentro con los otros discípulos y discípulas de quienes se recibe apoyo y sostén y con quienes se construye una nueva familia: familia ya no fundada en los lazos de sangre, sino en el reconocerse hijos e hijas de Dios Padre de Jesús y Padre Nuestro, y hermanos y hermanas en Jesús y entre sí.

Ahora bien, desde sus inicios, la vida religiosa se sabe enraizada en la vida cristiana entendida como un “vivir en Cristo” a través de la acogida de la Palabra de Dios, en la Escritura y vivida entre los fieles, el bautismo y la eucaristía como caminos de configuración con Cristo: morimos con él para resucitar con él.

A muy poco andar los que desean seguir a Jesús en su estilo de vida se chocan con las mismas dificultades de comprensión y los mismos combates que vivieron los discípulos y que narran los evangelios. Descubrir la belleza del Evangelio comporta también asumir sus exigencias. Para estar disponible a escuchar entonces la Palabra de Jesús y dejarse transformar por ella, hay

---

<sup>6</sup> *Deti e Fatti delle donne del deserto* (a cargo de Lisa Cremaschi), Qiqajon, Comunidad de Bose, 2018.

que librar un rudo combate consigo mismos, con las pulsiones y sombras que habitan en el ser humano. Todo encuentro auténtico con el otro, supone hacer espacio en nosotros para acogerlo y recibirlo.

Lo mismo pasa con el Señor Jesús que, para que se vuelva nuestro huésped y maestro interior, necesitamos disponer nuestra morada interior. Es lo que se expresa a través de la ascesis y la toma de distancia con los valores del mundo (“fuga mundi”). Esta toma de distancia responde a una percepción lúcida de que el mundo del que provenimos y en el que vivimos, lo llevamos más o menos conscientemente dentro de nosotros. Alejarse del mundo es disponerse a una purificación de sus elementos que permanecen en nuestro corazón y lo marcan. Y el alejarse físicamente, para vivir en lugares “desérticos” o “fuera de la ciudad” es simplemente para significar una ruptura. Lo más difícil es el combate que hay que librar consigo mismo, solo como eremita, en la intimidad de una celda, entre los cuatro muros del cenobio. En ese combate con las pulsiones, heridas, sombras, guiado por el Espíritu, y sostenido por la mediación de la comunidad y de los padres y madres espirituales, se va entrenando a los “atletas” de Cristo. Abrazar la vida de Jesús y dejarse conformar por su Palabra pasa por una “*conversatio morum*”, una transformación, una conversión de nuestras costumbres y nuestros modos de pensar y de vivir para hacerlos más conformes al Evangelio. El alejamiento no ingenuo del mundo y el combate espiritual que lo acompaña, apuntan a



---

disponer el corazón al negarse a sí mismo y a la consiguiente renuncia a los vicios y costumbres que se anquilosan en cada uno. Esas renunciaciones son entendidas como “rupturas” que siguen el principio que recoge Juan Casiano “salir de la carne, permaneciendo en el cuerpo” (“*exire de carne in corpore commorantem*”) <sup>7</sup>. En el fondo es hacer del cuerpo de cada uno y de la comunidad de los hermanos, una morada donde Dios habita y actúa. Todo tiene como “objetivo” el ir ganando progresivamente la pureza del corazón que es la que permite ver a Dios en todas las cosas, en los hermanos y hermanas e incluso en nuestras oscuridades. Y tiene como “fin” el pertenecer cada vez más al Reino de Dios que ya está en medio de nosotros. Una vida religiosa que expresa así el cumplimiento de las promesas bautismales.

Más tarde, el surgimiento de los órdenes mendicantes - Franciscanos, Dominicos- expresa un deseo de “más” de una vida cristiana y de “reforma” de la Iglesia, en cuanto mediadora y portadora del Evangelio de Jesús. Algunos valores que van a configurar un nuevo estilo de vida religiosa son la pobreza, la itinerancia y la minoridad. Estos valores serán encarnados no sin nuevos combates y ascesis por los órdenes mendicantes. Estas recuerdan entonces al conjunto de los cristianos y a la Iglesia estas dimensiones que forman parte de la vida en Cristo.

---

<sup>7</sup> Jean Cassien, *Institutions Cénobitiques*, Cerf (« Sources Chrétiennes », 109) París, 1965, Libro VI, Cap. 4, 6, 6-7.

La radicalidad del Evangelio es para todos. Un grupo de hombres y mujeres decide entonces de darle cuerpo y visibilidad en un estilo de vida. Es lo que expresa Francisco en la Regula Bullata (1223) como el núcleo de la vida de los frailes menores: *“La Regla y la vida de los menores consiste en cumplir el Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin bienes propios y en castidad”* (Regula Secunda, 1). Sin embargo, junto con ello, aparece poco a poco una doble comprensión de la vida cristiana, la de los simples bautizados y la de los más fuertes que aspiran a una mayor perfección evangélica, expresada en los votos. Ello produjo un alejamiento de la vida religiosa de la vida cristiana bautismal y de la común vocación de la Iglesia, del género humano y de la creación a la santidad.

Luego la Reforma y Contrarreforma obliga a la vida religiosa masculina y femenina a una nueva purificación en su fidelidad al Evangelio. También a repensar la acción de la gracia en una humanidad buena, pero habitada por el pecado. Se trata de afinar el discernimiento de las mociones espirituales en el corazón humanas, de adaptar las mediaciones comunitarias de formación. En esta época surgen los seminarios. Desde este lugar, se busca promover una nueva ascesis más orientada a disponer a los candidatos a la vida religiosa a la misión. Se produce también una sobrevaloración del rol sacerdotal de la vida religiosa, en especial de las comunidades apostólicas. Una hipertrofia de la función sacerdotal, cuyas consecuencias en el ejercicio del poder, sin los necesarios equilibrios y controles, las

estamos viendo hoy con los abusos de conciencia, de poder y sexual que aparecen en diversas partes del mundo. Y, sobre todo este impulso ministerial obliga a repensar la significación de la vida religiosa y adaptar sus formas para contribuir a la misión de la Iglesia. Todo ello en un contexto cada vez más urbano. En definitiva, cómo ser signo de la radicalidad del Evangelio y de su capacidad transformadora en el corazón de las ciudades nacientes.

La vida religiosa apostólica -como la nuestra- se ve confrontada así a un nuevo desafío cuando debe resituarse en una Iglesia en mundo occidental-europeo que se organiza en torno a nuevos valores hegemónicos recogidos en la tríada de la libertad, fraternidad e Igualdad. Y, por otro lado, una consciencia renovada de la necesidad del anuncio del Evangelio a las extremidades del mundo. Nuevos valores y anuncio del Evangelio en “tierras desconocidas” implicarán nuevas adaptaciones de la vida religiosa en sus estilos de vida, en su comprensión y vivencia de los votos. También, el abrirse a una comprensión diferente del Evangelio que no solo es anunciado por sus portadores, sino también recibido por éstos en el encuentro con las nuevas culturas. Y, ello conlleva asumir las inevitables ascesis y combates en el individuo y en las comunidades para que el Evangelio se traduzca en un estilo de vida coherente que testimonie así de su fuerza transformadora.

El Concilio Vaticano II aporta un giro eclesiológico que se caracteriza por una comprensión renovada de la Iglesia como Pueblo de Dios que peregrina en la Historia, como Cuerpo de Cristo, formado por los bautizados, portadores de una común dignidad de hijas e Hijos de Dios y hermanos y hermanas en Jesús. Y en esta comunidad, el Espíritu suscita entre los bautizados, diversos carismas, dones y ministerios para la edificación de la Iglesia y el servicio del mundo. La vida religiosa forma parte de este Cuerpo peregrinantes que es Iglesia y hunde sus raíces en la vida bautismal. Los distintos carismas, que animan la vida religiosa, buscan animar formas de vida en las que se expresa la inagotable belleza y exigencias del Evangelio. Y, a la vez, la diversidad de carismas recuerda y anticipa así la “vocación universal a la santidad” (LG 40; 42) a la que la Iglesia está llamado, junto al género humano y al conjunto de la creación. Y todo ello vivido en la concreción de las iglesias y culturas particulares. Por lo tanto, en esta lógica de encarnación, la vida religiosa y su vivencia de los votos ofrece una variedad de formas de realización de la existencia humana conforme al Evangelio. Y esto conlleva, por un lado, el superar esa visión de la vida religiosa, como un estado superior, de vida perfecta dentro de la Iglesia. Las fallas personales e institucionales en la vida religiosa, recuerdan lo ilusorio de aquella concepción, sin por ello renunciar a su ambición. Y, por otro, el reinsertar la vida religiosa en el caminar de todos los fieles bautizados, estimulados por su testimonio de santidad y así redescubrir, “el gusto espiritual de ser pueblo” (EG 268-274).

## **Memoria evangélica**

Este rápido recorrido por algunos de los hitos de la historia de la vida religiosa busca hacernos sensibles a la dinámica esencialmente dialogal que la caracteriza. Un diálogo entre hombres y mujeres, hijos e hijas de su tiempo, marcados por el encuentro con Jesús y su Evangelio. Su buena noticia consiste en el haber sido encontrados por Jesús quien llama a cada uno por su nombre a seguirlo. Y para acoger esta Buena noticia y dejar espacio en nuestras vidas a Jesús y su Evangelio que nos transforme y nos haga más transparentes a él, supone asumir combates y entrar una ascesis que acompaña toda la vida.

El voto de castidad, pobreza y obediencia nos recuerdan ese encuentro con la persona de Jesús, su fascinación y sus exigencias. Y, nos pone en camino a buscar y a seguir a Jesús, con todos los bautizados, y con los que, desean seguirlo en una forma de vida común en la vida religiosa. Radicalidad evangélica, ascesis y rupturas, conversión todo ello forma parte de la vida cristiana de todo bautizado. Los votos religiosos son una respuesta a un deseo de “más” que habita en el corazón de hombres y mujeres que abrazan este estilo de vida. “Para quien responde a este llamado, se trata en efecto de ir más lejos, de amar más y de vivir un mejor servicio. Mejor que lo que vivía uno hasta entonces,

pero no mejor que los otros”<sup>8</sup>. Allí radica su ambición de perfección. Pero ese voto es un llamado a pertenecer cada vez más al Señor y los unos a los otros, en una familia religiosa. La vida religiosa forma pues parte Pueblo de Dios y le recuerda la belleza exigente del Evangelio.

### **III. PISTAS PARA UNA RESIGNIFICACIÓN DE LOS VOTOS**

A continuación, propongo algunas reflexiones que nos pueden ayudar a resignificar el contenido positivo e inspirador de los votos, en general, y de sus dimensiones específicas contenidas en la pobreza, la castidad y la obediencia.

#### **1. Los votos en general**

Si hablo en plural de los votos es solo para destacar que éstos se enraízan en dimensiones diversas de la existencia humana. Ciertamente, son dimensiones de la misma persona que entrega su vida al Señor en una familia religiosa a través de los votos.

Éstos tocan a instintos fundamentales de la existencia humana. Tienen que ver con nuestros instintos de supervivencia,

---

<sup>8</sup> Philippe Lécrivain, *Une manière de vivre. Les religieux aujourd’hui*. Lessius (La part-Dieu, 13) : Bruxelles 2009, 52.

---

de posesión, de pertenencia, de defensa y de protección. Los votos son una forma de evangelizarlos, es decir, de asumirlos, purificarlos y orientarlos al servicio del Evangelio. Profesar voto de pobreza, castidad y obediencia no es negar nuestra humanidad, sino permitir que la fuerza de la gracia que nos configura a Jesús trabaje en estos niveles de la existencia.

Para ver más claramente de qué manera los votos orientan nuestros instintos hacia la configuración con Cristo, podemos volver nuestra mirada a su pedagogía. En sus diversos encuentros, Jesús no maltrata las fuerzas instintivas que su mensaje toca y remueve, sino que las reconoce, acoge y canaliza. Así, la ambición que existía entre los discípulos acerca de quién sería el más grande, el más importante, Jesús la reorienta hacia caminos de humanización a través del servicio a los otros: “Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). O en el encuentro con el joven rico, que aspira genuinamente a la vida de Dios, Jesús percibe un apego a los bienes, que lastra esta aspiración: “Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: Una cosa te falta, anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme” (Mc 10,21). Jesús lo acoge con toda su humanidad, con sus sombras, fuerzas instintivas y sus deseos genuinos y le ofrece perspectivas en las que pueda crecer en libertad, precisamente respecto a su relación a los bienes. Le invita a ponerse en camino junto a Jesús. Y en ese camino, entrar en una relación nueva con los

pobres y con los bienes, marcada ya no por la posesión y apego, sino por el don y la gratuidad.

Los votos son una forma de responder a la manera en que Dios quiere ser Padre para toda la humanidad. Y para descubrir lo que eso significa, Jesús, el Hijo, lo da a conocer en su propio actuar. Siguiéndolo e imitándolo, sus discípulos pueden entrar en su relación de intimidad que cultiva con su Padre. Ahora bien, sabemos por experiencia y releendo nuestra historia personal, que la relación de cada uno con nuestros padres tiene luces y sombras. Hay gozos y también heridas, olvidos y abandonos que hay que sumir y sanar. Pues bien, los votos nos hacen entrar en los sentimientos, actitudes y opciones del Hijo Jesús en la relación a su Padre que quiere ser nuestro Padre también. Él se ha hermanado con nuestra humanidad y le ha permitido a Dios su Padre que entre así en nuestra humanidad, por sus raíces, filiales y fraternales.

La fuerza configuradora a Jesús que tienen los votos permiten a quienes los profesamos ir abriéndonos progresivamente a la relación con Dios, nuestro Padre, como lo hizo Jesús, poniendo *Abbá* y su querer, al centro de la propia vida. Ello implica que los votos mueven a un progresivo descentramiento de sí para centrarse cada vez más en las cosas del Padre: “Así que no se preocupen diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos vestiremos?’. Los paganos andan tras todas estas cosas, pero el Padre celestial sabe que ustedes las



necesitan. Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mt 6,31-33).

El cuidado paterno de Dios por sus hijos se ofrece como una nueva seguridad existencial que asume los instintos de supervivencia y de protección. Desde esta seguridad nueva, la existencia en hijo e hija cobra un nuevo sentido y una nueva forma de realización. Darla y ponerla al servicio del Dios que quiere reinar como Padre sobre la humanidad.

Los votos, además, implican también asumir el modo cómo Jesús “realiza” su existencia. Tras el anuncio de su camino de muerte y resurrección, entrega la clave para asumir la existencia de los que quieran seguirlo, en su misma óptica: se trata de aprender a asumir la paradoja del “perder” la vida “por mí y por el Evangelio” (Mc 8,35) para “encontrarla o ganarla”. Esto puede resultar incomprensible para una cultura que tiende a apreciar de excesivamente el valor de la autenticidad, el ser uno mismo y promueve el que cada uno despliegue al máximo sus potencialidades. La insistencia en estos valores, por atractivo que pueda ser como discurso, en la práctica muchas veces genera más bien frustración, pues no toma en cuenta las desigualdades de base que existen entre las personas ni tampoco busca poner las condiciones para que cada uno se realice efectivamente con otros y para todos.

Pero Jesús, en su modo de realizar su existencia, entrega claves importantes que estructuran el movimiento de base de los votos. En primer lugar, la vida cobra sentido cuando se la entrega, incluso hasta perderla para entonces ganarla, enriquecida. Ello tiene como motivación el encuentro decisivo con la persona de Jesús, que constituye una referencia permanente y un impulso interior. El mismo Espíritu de Jesús actúa en sus discípulos y hace emerger desde su interior la condición filial que hace llamar a Dios: *Abbá*.

Y como toda genuina relación interpersonal, ello se hace desde el riesgo y la aventura de la libertad, donde cada uno progresivamente se abre al conocimiento y a la confianza mutua, al hacer propios los anhelos del otro y buscar su bien. Aquí se trata de abrazar una persona, Jesús, y de acoger con ella, su mensaje transformador, el Evangelio. Y ello no se hace de una vez para siempre. Se trata de perder la vida al modo de Jesús, para encontrarla como él lo ha hecho, muriendo para resucitar, como grano de tierra que cae en tierra y muere y da fruto en abundancia, como sal que desaparece y da sabor y enriquece la tierra.

Y, además ofrece una forma paradójica de encontrar la vida: negándose a sí mismo. Ello es posible solo cuando uno mismo no se convierte en el centro de todos los afanes y proyectos, sino que cada vez más hace espacio al otro, al próximo y a Jesús, quien se constituye en el centro de la propia vida. Es encontrar

---

la vida poniendo al centro al otro, hasta el punto que, si desinteresadamente busco el bien de mi hermano, o hago mío lo que Jesús busca -el Reino- y a los que ama con predilección- “éstos mis hermanos más pequeños”-, entonces la vida “pérdida” se enriquece de nuevas relaciones y crece en la vida de los otros. Un lúcido ejemplo de una vida plena según la lógica de Jesús del perder la vida por Él y por su Evangelio, lo encontramos en el testamento espiritual del prior cisterciense de Thiberine en Argel. Dos años antes de su asesinato (21 de mayo de 1996) y en conocimiento de causa de los riesgos que asumía él y sus hermanos de comunidad, decidió, a pesar de todo, permanecer en ese país. En el centro de esa decisión lúcida y valiente puso su amor por este país y su gente y su amor por el Señor Jesús y por su Padre. Perder la vida así, no la menoscaba ni la frustra. Esa es la pequeña victoria de los violentos. Unida a la entrega de Jesús y con sus mismos sentimientos, la vida se abre a una plenitud que solo se puede recibir en la esperanza, del encuentro cara a cara con Dios:

“He aquí que podré, si así Dios lo quiere, hundir mi mirada en la del Padre para contemplar con Él sus hijos del islam, tal como Él los ve, todos iluminados por la gloria de Cristo, frutos de su Pasión, enriquecidos por el don del Espíritu cuya alegría secreta será siempre de establecer la comunión y de restaurar la semejanza, jugando con las diferencias”.

Y concluye con lo que es el resumen de su vida perdida y ganada en nombre de Jesús: “esta vida perdida, totalmente mía,

y totalmente de ellos, doy gracias a Dios que parece haberla querido toda entera para esta alegría, sobre y a pesar de todo”<sup>9</sup>.

## **2. Los votos en particular**

Hablar de los votos es hablar de una vida entregada, donada por Jesús y su Evangelio. Es una respuesta a un amor de Jesús por cada uno de nosotros, con nuestro nombre y nuestra historia que descubrimos que siempre nos precede y nos excede. Por lo mismo la respuesta a ese amor en la vida religiosa mediante la profesión religiosa se recoge en nuestra Congregación, en un único voto, que toca a las dimensiones de nuestra libertad respecto a los bienes, a los otros, a Dios y su querer y que nos vincula a nuestra familia religiosa de hermanos y hermanas. Es lo que expresamos en la profesión:

“Yo,.... hago para siempre (o “por... años”) voto de castidad, pobreza y obediencia, como hermano de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús de María a cuyo servicio quiero vivir y morir” (Const. 17).

---

<sup>9</sup> Testamento espiritual del padre Christian de Chergé (escrito en Argel 1 de enero de 1993 y el 1 de enero de 1994 en Thiberine y abierto el domingo de Pentecostés 26 de mayo de 1996). Cf <https://www.moines-tibhirine.org/es/documents/le-testament/51-testament-spirituel-de-christian-de-cherge> [visitado el 19 de febrero de 2022].

Cada vez que participamos en una profesión religiosa o renovamos nuestros votos al término de un retiro anual o una asamblea anual, tomamos conciencia del hecho de que nuestra vida es para ser entregada, siguiendo la lógica de Jesús: vivir y morir al servicio de un amor que nos precede y nos funda y que nos hace ser un cuerpo visible en la Iglesia, de hermanos y hermanas.

Detengámonos ahora en cada una de las dimensiones contenidas en la entrega en castidad, pobreza y obediencia.

## **2.1 Castidad en el celibato**

Lo que está implicado en este voto toca a nuestros instintos de supervivencia y de posesión (relacional). Tiene que ver también con nuestra sexualidad, afectividad y nuestra capacidad de amar<sup>10</sup>. Esto supone el hacernos cargo del trabajo sobre uno mismo que implica reconocer la propia identidad sexual, con su historia, sus gozos, sombras y sufrimientos (traumas e inseguridades) y madurar en ella. En efecto la castidad no se identifica ni primera

---

<sup>10</sup> En el film *La vie en Rose* (20227) de Olivier Dahan acerca de la cantante Édith Piaf (1915-1963), una vida atormentada por un amor trágico con Marcel Cerdan y la muerte de único hijo. Al final de la película Edith Piaf aparece al borde del mar y viene un periodista a entrevistarla. Éste le pregunta: “¿Reza?”. “Sí, porque creo en el amor”. Y luego: “Si tuviera que dar un consejo a una mujer, ¿qué consejo le daría? Amar. Y ¿a una joven mujer? Amar. Y ¿a un niño? Amar”. ([https://subslikescript.com/movie/La\\_Vie\\_En\\_Rose-450188](https://subslikescript.com/movie/La_Vie_En_Rose-450188) [Visita el 19 de febrero de 2022])

ni directamente con la abstinencia sexual, sino ante todo con una pureza de todos los sentidos y del corazón. Es lo que Jesús advierte cuando uno mira con deseo (de posesión y sin respeto de límites) a una mujer, “ya cometió adulterio con ella en su corazón” (Mt 5,27).

En términos positivos, la castidad, en general, se acerca más a la bienaventuranza pronunciada en favor de los puros de corazón, pues ellos verán a Dios, también en la vivencia sana e integrada de la sexualidad y de la afectividad. En definitiva, si atendemos a su etimología “la castidad (*castus*) es el que rechaza el incesto (*in-castus*)” <sup>11</sup>. El incesto sucede cuando no se vive la distancia ni se respeta la alteridad del otro que no es solo la diferencia; cuando se busca al contrario la fusión, el apego, la posesión o la instrumentalización del otro como objeto de consumo o de satisfacción narcisista. La castidad es una forma de amar con respeto del otro. El incesto es en el fondo, la destrucción del otro.

Desde esta óptica existe la castidad de los esposos y también la castidad de los célibes. Quienes profesamos el voto de castidad en el celibato comporta como una de sus expresiones concretas la abstinencia sexual. Pero no se agota en ello, sino que va mucho más allá. Se trata pues de madurar en la conciencia y la vivencia

---

<sup>11</sup> Enzo Bianchi, “La castità nelle relazioni umane” en *L'Osservatore Romano*, 9 febrero 2017, 1.5.

de una sexualidad/afectividad que asuma nuestra historia personal con sus luces, dudas y sombras, ilumine una vivencia serena de la afectividad y sexualidad, en búsqueda permanente de un equilibrio dinámico. Para ello es imprescindible formarse y dejarse formar en esta área, dotarse de herramientas personales y favorecer de contextos comunitarios que hagan posible una vivencia sana de nuestra afectividad y sexualidad. En los tiempos que vivimos, me parece especialmente importante el que podamos crear esos espacios en nuestras comunidades de vida para crecer juntos en nuestra sexualidad y afectividad con sentido de donación y asumiendo la renuncia a una vida de pareja y formar una familia sanguínea. Y todo ello, teniendo como vector el crecer en nuestra capacidad de amar, buscando y favoreciendo el bien de los otros, al modo de Jesús.

A este respecto, contamos cierto con programas de formación comunitaria e individual en la afectividad y la sexualidad, en las casas de formación inicial, en sesiones de formación permanente. Sin embargo, es difícil hablar con confianza, con serenidad y sin miedo a ser juzgado por los otros sobre la vivencia de nuestra sexualidad y afectividad como célibes. Incluso podemos dar consejos a otros, en la relación pastoral, pero cuando se trata de hablar de nuestra vivencia de la sexualidad y afectividad, compartir en este campo entre nosotros nos cuesta, no sabemos hacerlo, tenemos pudor, no nos atrevemos o no encontramos las condiciones de confianza para ello. Y ¡qué bien nos hace cuando hermanos, abren su corazón y comparten con

confianza su vivencia de la castidad en el celibato, sus luchas, sus infidelidades, las ayudas que les han permitido volver al amor fiel del Señor y a la comunidad de los hermanos! ¡Qué bien nos hacen las amistades -fuera y dentro de la comunidad- con quienes, con sinceridad y realismo esperanzado, vamos creciendo juntos en nuestra capacidad de amar y de apoyarnos en los momentos de fragilidad! Y es triste ver hermanos que no se quieren, cuyas relaciones están marcadas por la frialdad, heridas mal digeridas, rencores avivados. Creo que le haría un gran bien a nuestra vivencia de la castidad en el celibato, si nos ayudáramos a asumir la identidad sexual de cada uno, incluyendo la diversidad sexual que existe entre nosotros. Nos haría cambiar la mirada que tenemos unos de otros y nos haría más empáticos con las personas que acompañamos en el servicio pastoral. Aquí hay todavía camino por hacer, ya que los gozos, las dudas y las luchas en esta área nos acompañarán hasta el final de nuestros días... “Hasta 5 minutos después de la muerte”, me confesaba con humor un venerable hermano.

Todo lo anterior tiene como fuente y horizonte a Jesús. Como religioso nosotros podemos volver una y otra vez nuestra mirada hacia Él que decide vivir afectividad y sexualidad en el celibato. Su celibato ha de ser puesto en el conjunto de las relaciones que Jesús teje con los discípulos(as), con los hombres, mujeres y niños que vienen a su encuentro. En los distintos encuentros que jalonan la vida de Jesús vemos que su sexualidad/afectividad y capacidad de amar hacen visible el amor del Padre



---

por todos, en especial, por los pequeños, los pobres, los excluidos. En ese contexto su celibato es elocuente, habla y atrae, y marca el conjunto de sus relaciones. En la riqueza de relaciones, en sus encuentros de “intimidad” en la oración con Dios, va descubriendo en él al Padre amante y cuyos criterios y formas de querer se vuelven tan necesarios como el alimento. Sus gestos están marcados por un profundo respeto por la persona que tiene delante. “¿Qué quieres que haga por tí?” (Lc 18,41) dice Jesús a un ciego que viene a su encuentro al acercarse a Jericó. Y en la justeza de sus gestos y palabras, los que lo encuentran alaban la grandeza de Dios (cf. Mc 9,43). Ellos ven inequívocamente, que es Dios mismo quien los está amando a través de Jesús.

Puesto que la razón de la castidad en el celibato es Jesús y su forma de amar es entonces imprescindible cultivar tiempos de intimidad con Él: en la oración y adoración cotidianas, en la celebración de la eucaristía, en el estudio y la contemplación de los Evangelios como una forma de aprender de Él a amar como él lo hace. Cuando estamos allí en esos tiempos de intimidad con Jesús, nos significan una y otra vez, que es por Él y por su Evangelio que abrazamos este estilo de vida. Allí le permitimos a él que vaya purificando nuestros deseos, nos sostenga en nuestros combates y vaya moldeando nuestra inteligencia, sensibilidad, afectividad y sexualidad y así entremos en su corazón, “en el dinamismo interior del amor de Cristo por su Padre y por el mundo” (Constituciones 6).

Dejar espacio en nuestro corazón, en nuestra afectividad y sexualidad para que sea Jesús quien ame a través de nuestras palabras, gestos, supone un rudo trabajo de ascesis, de despojarse de sí mismo. La figura de Francisco de Asís puede resultarnos inspiradora al respecto. Su amor que lo hizo capaz de hermanarse con los hombres y mujeres de su tiempo, con la creación, incluso con la muerte, la “hermana muerte”, fue el dejar que su Señor y Bien-amado Jesús ame en y a través de él, hasta el punto de marcarlo con sus propias llagas. Y para disponerse a que Jesús ame así en él, la vida de Francisco está jalonada por un progresivo despojarse de sí: ante su padre en Asís, dejando atrás las seguridades familiares, junto a los pobres en Roma, con quienes comparte y soporta sus condiciones de vida, y en la Porciúncula antes de morir, donde pide que lo dejen desnudo sobre la tierra desnuda para librar la última batalla con el adversario, sin otra certeza que el Señor que no abandona a sus hijos<sup>12</sup>. En ese progresivo despojarse de sí mismo a lo largo de su vida, Francisco verifica esa dinámica inscrita en la respuesta a la vocación de los discípulos de Jesús que “dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5,11). Ciertamente dejarlo todo por Jesús, para recibirlo todo de Él.

También para nosotros, en la misma dinámica discipular de Francisco de Asís, dejar que Jesús ame a través nuestro implica también un proceso de ir dejándolo todo. Sabemos por experiencia

---

<sup>12</sup> Marco Bartoli, *La nudità di Francesco. Riflessioni storiche sulla spogliazione del Povero di Assisi*. Edizione Biblioteca Francescana, Presenza di san Francesco, 66. Milano 2018.

---

que eso no se hace de una vez para siempre, es un camino nunca del todo acabado, pues estamos dejándolo todo permanentemente a lo largo de la vida: familia, casa, hermanos, hermanas, madre, padre, esposa, hijos, hijas, propiedad, ideas o incluso la propia inteligencia que podría funcionar como una falsa seguridad. Todo ello en vista de crecer en una libertad respecto a una voluntad de posesión de sí mismos, de los demás, de Dios, para que así, despojándonos cada vez más de nosotros, pertenezcamos al Señor y a la comunidad de sus discípulos. Esta dinámica es arriesgada, como toda aventura que empeña nuestra libertad. Lo que está en juego es dejar una fuente de seguridad: casa, familia, relaciones para abrirse a una nueva forma de relación fundante en Jesús y su Evangelio. Pero esta aventura no es temeraria. Comporta un riesgo consciente: “por mí y el Evangelio” (Mc 10,29). Pero ello no es para una vida castrada o humanamente empequeñecida, marcada meramente por la renuncia. Se trata más bien de una nueva forma de plenitud de vida, “el ciento por uno” de gozar de un nuevo estilo de relaciones humanas ensanchadas por la fe -casas, hermanos, hermanas, madres e hijos y realista- “con persecuciones”. Estos últimos, pues no existe experiencia humana de encuentro entre nosotros y con el Señor, sin que esté acompañada de riesgos, de conflictos, de lucha, de una cierta incompreensión. En el fondo es pregonar, desde ya, en este conjunto sobreabundante de relaciones que surge desde la fe, la promesa escatológica de la vida definitiva en Dios.

Si sabemos por experiencia que la castidad en el celibato tiene una dimensión de ascesis, de despojo de sí mismo y de renuncia, también conocemos las alegrías y gozos profundos que nos permite de vivir: en las amistades que cultivamos dentro y fuera de la comunidad, en las relaciones que pueden surgir entre nosotros y con personas de la pastoral a quienes, por la fe compartida, por el espesor humano de nuestros encuentros, nos unen vínculos tanto o más fuertes que los vínculos de sangre.

Me pregunto si la profecía de la vida religiosa hoy no reside, en parte, en la capacidad de construir comunidades fraternas: en que llamamos “hermanos”, “hermanas”, “padres” o “madres” a quienes no lo son, sino por los vínculos que surgen de la profesión religiosa.

Hay un acto de fe en la capacidad que tiene el evangelio acogido de generar esas nuevas relaciones. Una vida religiosa se muestra así de una rara actualidad pues se asemeja a muchas de las familias “recompuestas” de donde provenimos y que encontramos en el servicio pastoral: allí donde se encuentran, padres y madres de nuevas familias, los hijos de un cónyuge, los del otro y los “nuestros” que proceden de ambos, familias mono-parentales o con dos madres o dos padres. El desafío entonces es el de darle un espesor humano y crear un espacio de crecimiento donde las relaciones que surgen y se cultivan en el día a día en nuestras comunidades, sean de verdadera fraternidad, sororidad, paternidad y maternidad.

Dejemos que el Señor ame cada día más a través de nuestra capacidad de amar. Si lo dejamos, Él puede hacer de nuestras pobrezas, riquezas para otros, para que descubran en nuestra capacidad de amar, hasta qué punto Él, el Señor, los ama.

## **2.2 Pobreza**

Esta dimensión del voto de entrega de la vida tiene toca el instinto de protección, tiene que ver con la voluntad de posesión. Esta voluntad busca dotar a la frágil existencia de seguridades en las que se pueda apoyar: bienes, lugares y relaciones fundamentales cuya estabilidad nos permite advenir a lo que somos. La dificultad comienza cuando nos identificamos con lo que poseemos. Yo soy lo que poseo: bienes, ideas, imagen, personas (“mis jóvenes”) y relaciones, “vocación”, “ministerio” y tareas, lugares, “mi tierra”, “mi parroquia”, etc. Sobre esta base instintiva campea el mercado que nos hace crear permanentes “necesidades” nuevas, a las que presuntamente responde una oferta creciente de objetos. La nueva seguridad existencial reposa sobre la idea de que yo soy lo que consumo. Objetos que parecen disponibles para todos, cuando en realidad, lo están efectivamente solo para quienes cuentan con un alto poder adquisitivo. Las consecuencias de este modo de funcionamiento generan cada vez más frustración, pues el consumo en vez de ser fuente de satisfacción y felicidad, produce ansiedad e inseguridad. En lugar de ser un factor de integración por la vía del consumo, en realidad produce cada vez más exclusión, pues son muchos los

que ni siquiera tienen acceso a los bienes y servicios básicos. Y, sobre todo, es depredador voraz de los recursos naturales y somete a tenaces nuevas formas de esclavitud a vastos sectores de la humanidad.

Un buen punto de partida para una adecuada pedagogía de iniciación al voto de pobreza es poder reconocer que también nosotros somos hijos de este mundo, que el mercado orienta muchos de nuestros “gustos”, “inclinaciones” y “necesidades”. Y, también, el compartir nuestra historia familiar y laboral es muy reveladora de nuestra sensibilidad y relación con los bienes. Algunos provenimos de medios más o menos acomodados, otros de medios más modestos o pobres. En todo caso, nadie viene de una relación neutra en relación con los bienes. Incluso muchas veces nuestra pobreza “optada” no asume la historia de pobreza impuesta, no escogida, de la que provienen muchos de nuestros hermanos y hermanas. Si no se parte desde aquí, habrá siempre malos entendidos sobre lo que significa e implica el voto de pobreza y surgirán obstáculos para su vivencia evangélica.

Todos necesitamos evangelizar nuestra historia personal a la luz de la persona de Jesús. Necesitamos aprender una y otra vez de él, a vivir su pobreza asumida en libertad. Su fecundidad reside en que, durante su vida entera, sus fuerzas instintivas de posesión y su relación con los bienes tienen como vector y norte la lógica de la donación. Porque todo lo ha recibido del Padre, entonces se siente movido a darlo y a darse a los demás. Quien

---

descubre esa lógica y se deja conmover por la capacidad de Jesús de estar presente, entero y de darse a las personas, entonces entrevé en sus gestos, el amor fontal de su Padre (cf. Jn 14,9).

En efecto, en los evangelios vemos a Jesús como un hombre libre no solo frente a los bienes, sino también en sus relaciones. Jesús se muestra como un hombre accesible, sin barreras, disponible a todos. Una expresión sorprendente y atrayente de esta libertad es su comensalidad. Como invitado, huésped o anfitrión, Jesús acoge a todas las personas, goza de su compañía y de los bienes que se ponen a su disposición. Por ello, lo acusan incluso de glotón y bebedor, que se sienta a la mesa con pecadores. Éstos se sienten a gusto con Jesús. Se deja ungir por una mujer con un perfume costoso. Acepta estar también a la mesa de los que saben que lo juzgarán en sus más mínimos gestos y palabras. En ese contexto, Jesús devela los pensamientos escondidos, las preguntas capciosas y las actitudes maliciosas. Su vivencia de la pobreza y la exigencia de su mensaje no va dirigida ni contra los ricos ni contra el uso de los bienes, sino precisamente contra el deseo de apego a los bienes y la consecuente tendencia a hacer de ellos una seguridad sobre la que se puede construir la vida. Las palabras más exigentes de Jesús al respecto apuntan a dismantlar el apego hasta idolátrico que se puede tener respecto a los bienes llegando a ocupar el lugar que corresponde solo a Dios: “No se puede servir a dos señores, [...] No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6,24).

En términos positivos, Jesús invita a vivir los empeños básicos de la vida: comer, vestirse, en la perspectiva del Dios providente que cuida con atención de todas sus creaturas, que les provee del alimento necesario a su tiempo y las viste de belleza. Un Dios que sabe de antemano lo que necesitamos, y para quien cada una de sus creaturas importa y cuenta. En ese horizonte, la orientación fundamental de la existencia es la de no ponerse en el centro, sino Dios y su reinado: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás les será dado por añadidura” (Mt 6,33). No se trata de descuidar los esfuerzos para obtener lo necesario para subsistir ni de esperarlo todo de brazos cruzados, que las cosas que necesitamos simplemente “caigan del cielo”. Se trata de establecer una prioridad existencial, dejando a Dios que sea Dios y que su acción paternal y providente sea el horizonte en el que inscribimos las necesidades básicas de la existencia sin que éstas se vuelvan el norte y motivo de nuestra vida. Prioridad que conlleva una relación justa con Dios que cuida de sus creaturas y a los otros, para que a nadie le falte lo necesario para vivir. No se trata tampoco de buscar asegurar ilusoriamente la propia vida, como si fuéramos dueños de nuestros años ni tampoco vivir apegados a los bienes, sino hacer la propia vida, por frágil que sea, y de los bienes con que contamos, por modestos que sean, un don de sí para los pobres, gratuito y sin expectativa de retorno que el participar de esa secreta alegría que existe en el dar más que en el recibir (cf. Hechos 20,35). Alegría que hace entrar en sintonía con los sentimientos y con el carácter del Dios de Jesús y de nuestro Dios que ama y cuida como un Padre, de sus hijos e hijas, que es



generoso como en la parábola del Padre Misericordioso (cf. Lc 15,11-32), hasta el punto que todo lo suyo es también de sus hijos y es capaz de alegrarse y de hacer fiesta por el hijo suyo que vuelve a casa. El hijo desaparecido o ausente de la fiesta para celebrar su regreso, impiden al padre, ser plenamente padre.

Me pregunto si la profecía de la vida religiosa hoy no se encuentra, en parte, también en buscar las formas y estilos de vida que se expresan en un uso libre, desapegado y sobrio de los bienes y en una relación de cuidado responsable de la casa común, nuestra hermana y madre tierra. Se trata de participar en las actitudes del Padre que cuida de sus creaturas, que no permanece indiferente a los que viven ni a sus condiciones de existencia, que tiene contado hasta los cabellos de nuestra cabeza y que no se olvida ni de cinco pajarillos vendidos por dos piezas de monedas (cf. Lc 12,6). Eso se expresa concretamente en la forma de alimentarnos, de vestirnos, de refrenar nuestro consumo. Pero, sobre todo, en positivo se trata de buscar juntos formas concretas de cuidar de los demás, de compartir los bienes, de velar responsable y concretamente de las creaturas como lo hace Dios. El voto de pobreza puede expresarse también a través de la indignación y la protesta incluso pública por el maltrato que sufren sobre todos los pobres y la pobre Tierra. Y el voto de pobreza puede mover a sumarse, a la escala de nuestras comunidades locales, a iniciativas concretas de desarrollo sustentable, comercio justo, inversiones éticas, y de condiciones de vida dignas para todos. En definitiva, se trata de compartir con nuestra

vida la Buena Noticia que es Jesús para nosotros y para los pobres. Se trata entonces de una hermosa y exigente forma de amar, con la libertad de Jesús pobre y confiado en el amor Providente de Dios su Padre por los más pobres. Es lo que expresa el papa Francisco en un estilo de cercanía a los pobres que testimonia la cercanía de Dios:

“La auténtica opción por los más pobres y olvidados, al mismo tiempo que nos mueve a liberarlos de la miseria material y a defender sus derechos, implica proponerles la amistad con el Señor que los promueve y dignifica. Sería triste que reciban de nosotros un código de doctrinas o un imperativo moral, pero no el gran anuncio salvífico, ese grito misionero que apunta al corazón y da sentido a todo lo demás. Tampoco podemos conformarnos con un mensaje social. Si damos la vida por ellos, por la justicia y la dignidad que ellos merecen, no podemos ocultarles que lo hacemos porque reconocemos a Cristo en ellos y porque descubrimos la inmensa dignidad que les otorga el Padre Dios que los ama infinitamente”<sup>13</sup>.

La belleza exigente de este camino de pobreza solo se la descubre asumiendo sus riesgos. Se trata de dejar una seguridad cierta, la que ofrecen los bienes y de apostar por una nueva seguridad que está por descubrirse, siguiendo a Jesús, al compartir

---

<sup>13</sup> Francisco, *Querida Amazonía*, Exhortación apostólica post-sinodal (2 de febrero de 2020), n° 63.

lo que somos y tenemos en especial con los pobres concretos que están siempre ahí y al poner cada vez nuestra existencia entre las manos de Dios padre. Eso puede dar vértigo, hacer perder seguridad. Pero no se trata de una aventura temeraria e irreflexiva. El voto de pobreza consiste pues ni más ni menos en entrar en la libertad de Jesús que comparte lo que es y que tiene porque se sabe entre las manos de Dios su Padre, de quien recibe todo.

Así lo vemos en el joven rico del evangelio: si está dispuesto a dar el dinero de sus bienes a los pobres gratuita y libremente, a fondo perdido, ese hombre entrará entonces en el modo como Dios ama que es precisamente dándose. Y todavía más cerca, cuando hemos sido evangelizados por los pobres que nos han acogido en sus casas, nos han ofrecido su amistad incondicional, y nos han hecho gustar esa alegría que existe en el dar más que en el recibir. La novedad del humanismo de Jesús solo se la descubre en toda su riqueza corriendo el riesgo de empeñar la libertad en esta aventura.

### **2.3 Obediencia**

Este voto hunde sus raíces en el instinto de defensa y de protección de sí mismo. Nuestra vida está marcada desde el inicio por una condición de fragilidad, de dependencia del medio y de los otros, necesitada de protección. El medio en el que vivimos, los otros que nos rodean son necesarios, aunque a veces también

hostiles, para asegurar el despliegue de la vida humana. Imaginemos el enorme progreso que significa para la especie humana, y para cada miembro, el poder erguirse y el poder comunicarse e interactuar con otros. Ello sería imposible sin la presencia de un medio favorable y de otros significativos que acogen, llaman a cada uno por su nombre. Se adviene así al yo, respondiendo a un tú que llama. El paso a una progresiva autonomía pasa por un salto de confianza en el otro, sin que por ello se pierda la condición de fragilidad y de dependencia de los otros. Esa confianza básica es la que permite ver la realidad en clave de ayuda y de oportunidad para realizar la condición humana inacabada. Si esta confianza está herida o traumatizada, la realidad es vista como hostil, como una amenaza de la que hay que defenderse. Llegamos a ser lo que estamos llamados a ser con los otros, que nos protegen o de los que hay que defenderse. Ese es el nicho básico de la libertad y de su capacidad de orientar la existencia por las opciones y decisiones que cada uno toma. Pero su condición primordial es la pertenencia al grupo, a la tribu, a la manada, a la familia, que protege y es fuente de seguridad. Los mayores y más fuertes del grupo, protegen a los más débiles. Existe una jerarquía de protección y de defensa.

Un descubrimiento de la modernidad temprana es la conciencia de la individualidad (Cogito, ergo sum) de su singularidad y de su carácter único e irreplicable. Consecuentemente se ha forjado la idea de que se sale adelante y se logra vencer las dificultades más adversas, desde lo que cada uno decide, de las

opciones que toma, de la forma como cada uno asume los imponderables de la vida. El sujeto “nosotros”, en cualquiera de sus formas, puede ser asumido como un aliado si cuida de nuestros intereses individuales y posibilita la realización personal. Desde esta óptica, se valora más bien el ser auténtico, el ser uno mismo, más que el sumarse a otros en un grupo. Así lo que proviene del individuo, goza de más credibilidad y se lo acepta más fácilmente que lo que venga del “nosotros”. Si algo proviene desde dentro de ti y no desde fuera, entonces “*Just do it*” como lo promueve la campaña de Nike.

Las redes sociales y la comunicación digital nos pueden dar la impresión de formar parte de diversos grupos, de un “nosotros”. Los múltiples mensajes que llegan a nuestros smartphones pueden confortar en el sentimiento de no estar solos, sino más bien de estar conectados con muchos. Pero si dichos contactos no tienen más realidad que formar parte de la lista de “amigos” de Facebook o de “seguidores” de Instagram, esos otros pueden ser solo extensión numérica o algorítmica del individuo, de un yo que se mira al espejo y que se refracta en otros, que sienten y piensan de modo semejante a uno, pero sin una verdadera experiencia del otro como otro diverso del yo. Es lo que desvela como lógica de fondo en gran parte de la comunicación digital el filósofo Byung Chul Han: “La comunicación digital consiste en cámara de eco, en la cual en primer lugar uno se escucha a sí

mismo. *Likes*, amigos y *followers* no constituyen una caja de resonancia. Ella refuerza solo el eco de sí mismo”<sup>14</sup>.

Advenir a ser lo que cada uno está llamado a ser, es una empresa arriesgada y expuesta a imponderables que no dependen exclusivamente ni de las opciones individuales ni del medio social en el que cada uno vive. Esta empresa está “amenazada” también por “enemigos” o “demonios” que habitan el propio individuo. Entonces el ideal de la realización de sí, más consciente de su falibilidad, se la ha reforzado con el tema del autocuidado. Se trata de generar formas de protección y de resiliencia mediante el cuidado de sí.

Ahora bien, cuando la mirada vuelve a Jesús, vemos a un hombre que no está centrado en sí sino en los otros, “el hombre para otros”<sup>15</sup> (Dietrich Bonhoeffer) y que no cuida excesivamente de sí, sino que más bien cuida de y acoge a los otros que vienen a su encuentro. Jesús aparece como un hombre libre porque se descubre cada vez más, en las manos de un Dios que lo ama. Y, por lo mismo, Jesús empeña su libertad, poniendo en el centro de sus opciones y decisiones, a Dios su Padre y su querer. Incluso, la oscuridad inicial sobre quién sería su padre

---

<sup>14</sup> Byung-Chul Han, *Vom Verschwinden der Rituale. Eine Topologie der Gegenwart*. Ullstein Buchverlage, Berlin 2019.

<sup>15</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Widerstand und Ergebung* en Dietrich Bonhoeffer *Werke*, Band 8, Kaiser Verlag, Gütersloh 1998, 559.

---

biológico la asume y supera por la mirada teológica de dejarse amar por Dios que experimenta en lo más hondo de sí mismo, como un Padre amante. Así la medida de la entrega de Jesús a los hombres surge de la profundidad del amor recibido y dado entre Él y su Padre: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros” (Jn 15,8).

Y en la cruz, esta certeza del amor del Padre ha de ser purificada nuevamente atravesando la oscuridad de la fe. Desde su libertad recibida del amor del Padre, Jesús lo confiesa *in extremis* como el que escucha finalmente su oración y acoge su vida, gritándole las palabras del salmo 22: “¡Dios mío! ¡Dios Mío! ¿Por qué me has abandonado?” (Mc 15,34).

Desde este centro, Dios Padre, de su escucha constante, Jesús pone su libertad al servicio de la búsqueda de su querer a través de las personas que encuentra, de los acontecimientos que marcan su vida, de las decisiones que va tomando. Así como Jesús se percibe progresiva y estrechamente unido a su Padre, y va haciendo suyos sus formas de ser y de querer (inclusivo, de donación) y de justeza en sus relaciones (contemplando el actuar de Dios Padre que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos), así también empeña su libertad en una forma de relación con los demás, que refleje estos criterios y formas de querer del Padre. “Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos creedlo por las obras” (Jn 14,11). El amor obediente de Jesús a su Padre busca, ante todo,

hacer transparente este Amor primero de Dios por el ser humano, de cómo se relaciona Dios con el ser humano en Jesús antes de cómo el ser humano debería situarse ante Dios: “el radicalismo evangélico es del orden de la revelación antes que del servicio”<sup>16</sup>. Desde esta óptica la profecía de la vida religiosa, con su radical humanismo evangélico contenido en los votos es ante todo del orden testimonial. Ésa es su contribución mayor a la misión de la Iglesia.

En su amor obediencial, Jesús acepta el riesgo que asume el mismo Padre, al amar a los hombres y mujeres, aún a riesgo de no ser amado ni aceptado. Jesús acepta también las mediaciones a través de las cuales reconoce y acoge el querer de Dios: a través de la oración -tantas veces a solas-, en la montaña o en un lugar desierto; también a través de su mirada contemplativa de lo que Dios hace en las personas, sobre todo cuando suscita la fe y la acogida de la acción soberana de Dios, reinando en los gestos y palabras de Jesús: como a Pedro en la confesión de fe en Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios vivo (cf. Mt 16,17) o en los pequeños a quienes ha revelado las cosas del Reino y las ha ocultado a los sabios e inteligentes (cf. Mt 11, 25).

Jesús que se descubre Hijo, invita a entrar en esta relación filial a Dios a través de su mirada poética de la realidad, que se expresa sobre todo en su predicación a través de las parábolas.

---

<sup>16</sup> Bruno Maggioni, *Alle radici della sequela*, Àncora, Milano 2010, 30.



---

A través de ellas, los auditores y lectores pueden entrar en el corazón de Jesús y mirar la realidad con sus ojos, viviendo desde las posibilidades que se abren hic et nunc a acoger Dios reinando en medio de ellos.

*Last but non least*, otra mediación en los que Jesús descubre Jesús el querer de Dios son los conflictos y tensiones que enfrenta. En efecto, Jesús toma conciencia que su imagen de Dios entra en colisión con la imagen de sus adversarios: los fariseos que se molestan porque Jesús come con Mateo, publicanos y pecadores: “Id, pues y aprended lo que significa aquello de: *“Misericordia quiero y no sacrificios”* (Mt 9, 10-13; cf. Os 6,6).

Su amor obediencial centrado en el Padre y en el servicio a los otros, Jesús lo expresa en un llamado a todos en el que comparte el secreto de su libertad e indica las condiciones para adquirirla:

Mc 8,34 [Tras el primer anuncio de la Pasión y las dificultades y resistencias que encuentra en los discípulos y en particular en Pedro, para entenderlo]: “Jesús se dirige a la gente y a sus discípulos y les dijo: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’”.

*“Venir en pos de mí”*. Esta afirmación remite, por un lado, al proceso dinámico de seguir a Jesús, donde quiera que se esté. Y, por otro, ese seguimiento, aunque decidido personalmente, se

hace con los otros discípulos. Se ve a Jesús a través de la comunidad de los que están reunidos en su nombre: “allí estoy yo en medio de ustedes” (Mt 18,20). Y los discípulos se familiarizan con Jesús y con su libertad al caminar junto a los que practican la voluntad de Dios su Padre: “Ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3,35).

*“Niéguese a sí mismo”*. Esto puede resultar insoportable para una cultura que promueve el ser uno mismo y que cada uno realice al máximo sus potencialidades. Pero aquí el punto es que el sí mismo no se convierta en el centro de todos los afanes y proyectos, sino que cada vez más uno haga espacio a Jesús quien se constituye en el centro de la propia vida. De ese orden es la conversión que vive Pablo, en que, habiendo sido encontrado por el Señor, del que sabe que lo amó y se entregó por él, entonces ya no es él quien vive, sino que es Cristo que vive en él (cf. Gal 2,19).

*“Cargue con su cruz”*. La escuela que propone Jesús es la buscar la voluntad de Dios amando, hasta el compadecer o empatizar el sufrimiento de los que el Señor pide amar: al que se siente mal amado e incluso hasta al que es enemigo. Eso es cargar con la cruz. Es lo que Jesús entrevé en su obediencia amante al Padre que “tiene que” pasar por el hacer suyo el sufrimiento de los que ama. Así Jesús muestra la hondura del amor del Padre por todos. Así Jesús es radicalmente libre. Es lo que han testimoniado también en una vida de entrega hombres y

mujeres, libres porque obedientes al amor del Dios-Padre: Damián de Molokai, Maximiliano Kolbe, Teresa de Calcuta, los mártires de Thiberine, y también Mahatma Gandhi, Ety Hilesum. En esa forma de amar, más allá de las fronteras confesionales, Dios es confesado como el misericordioso pues, a través de sus testigos, ama dando la vida <sup>17</sup>.

## **2.4 Los votos entre sí**

El voto de pobreza, castidad y obediencia se funda en la vida cristiana misma que no se agota en la tríada de los consejos evangélicos y que se dirigen a todo discípulo y discípula de Jesús. La vida cristiana y, enraizada en ella, la vida religiosa, surgen de una experiencia fundante que es la de haber sido alcanzados por Jesús y que su Espíritu nos hace hijos en Él, partícipes de su muerte y resurrección y miembros de su Cuerpo peregrinante en la Iglesia. Por lo tanto, el voto de pobreza, castidad y obediencia conlleva una dinámica que configura a Jesús e inserta en su Iglesia. Y las diferentes dimensiones del voto de pobreza, obediencia y castidad se implican e iluminan mutuamente.

---

<sup>17</sup> Le escritora algeriana Fadila Semaï, en sus diferentes conferencias sobre los Monjes de Tibhirine martirizados en 1996, afirma que lo esencial de una religión se manifiesta en el testimonio de sus miembros de dar la vida por amor por otra persona: “Cualquiera sea su religión, uno puede dar su vida por alguien que uno ama” Fadila Semaï, au-delà des contraires, *La Croix* (30\_08\_2019).

**La castidad en el celibato es una forma de vivir la pobreza de Jesús,** pues consiste en disponerse a amar al Señor Jesús por sobre todas las cosas, amándolo en concreto en éstos sus hermanos, nuestros hermanos, en especial, los más pequeños, los pobres. Esto supone un despojarse de toda forma de posesión relacional. Estamos llamados no solo a amar como Jesús, sino más profundamente de dejar que Él ame a través de nuestro amor. Es amar intensamente a cada uno, no poniéndose uno en el centro, sino haciéndose a un lado, para que sea Jesús quien ame a través nuestro. Amando así, nuestra castidad en el celibato es fecunda y hace de nuestras vidas, una “parábola -del amor de Dios por todos- al alcance de los sencillos” (Esteban Gumucio). Eso hace que su Iglesia, discípula de Jesús, parafraseando a Madeleine Delbrêl, se vuelva “más amante” y “más amable”, siendo éstas sus notas esenciales.

**La pobreza es una forma de entrar en la obediencia de Jesús,** pues consiste es hacer propia la pasión de Jesús por su Padre y su Reino y por la humanidad. El eje de la vida cristiana no es la propia realización, sino descentrados y despreocupados de sí mismo, tener como prioridad el otro, y buscar colaborar con la acción que Dios ya está desplegando en el otro. Eso hace que la Iglesia no caiga en la tentación de la auto-referencia, sino que se haga cada vez más disponible a los otros: Iglesia de puertas abiertas y con un amor paciente de madre. Así, desde la obediencia de Jesús, como su *kénosis* que hace de él servidor, entramos en un camino para despojarse de uno mismo y así hacer cada vez

---

más espacio a los otros en la propia vida, en los afectos, en el uso del tiempo, en el descanso. *Nuestra Regla de Vida* n.º 75 recoge en un modo inspirador, la dinámica pascual y eclesial contenida en los votos:

“Dentro de la vocación bautismal, la vocación religiosa representa un tipo de vida cristiana que manifiesta lo esencial de la fe en Jesucristo, en su desprendimiento radical. Implica una verdadera conversión de toda nuestra actividad intelectual, corporal, psíquica y espiritual. Este esfuerzo permanente nos une a la resurrección del Señor y es una forma de vivir la Pascua que testimonia de lo absoluto de la fe en Jesucristo, en una creatura humana”.

El voto de pobreza nos mueve entonces a decidir caminar con otros, con los que abrazan su Evangelio y los que lo sirven, incluso sin saberlo en los pobres, y auscultar la acción de Dios a través de las mediaciones de la comunidad, de los hermanos, de los acontecimientos de nuestro mundo, de los murmullos de nuestro mundo o de los clamores de los pobres y de la hermana-madre tierra.

**La obediencia como expresión de la castidad en el celibato de Jesús.** Buscando el querer de Dios su Padre, Jesús se descubre cada vez más unido a su Padre y a los que Él ama. El voto de obediencia nos recuerda también a nosotros que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Jesús, a los hermanos y hermanas de Congregación y a las personas con las que cami-

namos en la Iglesia y en la humanidad<sup>18</sup>. Eso significa en concreto, hacerse todo a todos para que Cristo por su Espíritu vaya haciendo su obra. Eso hace que la Iglesia se haga más escuchante que predicadora y maestra porque auscultadora de lo que el Espíritu del Señor va haciendo en el corazón de las personas. Y discípulos y discípulas permanentes del Evangelio, pues no terminamos de acogerlo y comprenderlo en su belleza y exigencia. Una Iglesia cada vez más experta en respeto de las personas porque en especial sus ministros, laicos y religiosos, promueven y aceptan los legítimos controles en el ejercicio de sus funciones. Una obediencia que se expresa en una vivencia de la castidad en el celibato que respeta el límite del otro y promueve su libertad, capacidad de discernimiento y de respuesta adulta al Señor. Que se alegra con el crecimiento del otro y compartir su sufrimiento, incluso soportando sus límites y perdonando su pecado.

---

<sup>18</sup> Lorenzo Arbeloa (Aibar, España 1936- 2022 Río de Janeiro, Brasil), hermano español vivió 60 años en Brasil y que falleció el 6 de febrero de 2022 en Río de Janeiro. En su testamento espiritual que fue leído después de su muerte escribía: “Al consagrar mi vida a los Sagrados Corazones, sabía que mi vida ya no me pertenecía más y que mi vida seguiría la búsqueda del querer de Dios. Al ser enviado en misión a Brasil, fui consciente de que tal vez no volvería más a España, pues de ahora en adelante mi casa sería la misión, donde quiera que ella sea. Nunca me olvidé de mi patria, pero donde quiera que estuviera, me sentía en casa, pues me sentía bien recibido por los hermanos de la Congregación y los amigos”.

---

#### **IV. LA VIVENCIA DE LOS VOTOS Y EL GUSTO ESPIRITUAL DE VIVIR JUNTOS EN FRATERNIDAD**

En esta última parte quiero detenerme en la relación que existe entre la vivencia de los votos y la vida en comunidad de hermanos y hermanas. A ello nos compromete nuestra profesión religiosa. En efecto, como dicen densamente las Constituciones [Hermanos]: “El Espíritu Santo nos ha guiado a cada uno por diversos caminos ha nos conducido a cada uno a entrar en la Congregación para seguir en ella a Jesús” (Const. 11,1).

La consagración religiosa es un acto libre y público de donación de la vida en una familia religiosa. Donación que es aceptada por el Superior(a) “en nombre de la Iglesia y de la Congregación”. Hay un pacto, un compromiso que se establece ante Dios y con la comunidad. Dicho pacto, y la consecuente forma de vida en común que engendra, es un bien para el conjunto de la Iglesia. Por la misma razón cuando un hermano o hermana decide partir de la Congregación o se le pide dejarla, ello afecta a todo su cuerpo. Es por ello, que dicha decisión no se decide simplemente ante sí, sin tener en cuenta la pertenencia al cuerpo, a la familia religiosa.

Se trata de una dispensa de un compromiso contraído con el cuerpo de la Congregación y, a través de ella, con el cuerpo de la Iglesia. Por ello también, la dispensa de los votos requiere la intervención de la Congregación y de la Iglesia a la que se pide este indulto o gracia. Sin embargo, a menudo cuando los hermanos

entran en crisis la pertenencia a la comunidad es percibida más como un obstáculo que como un apoyo. El bienestar y la paz personal prevalecen por sobre la pertenencia al cuerpo de los hermanos y hermanas. Pocos son los que recurren al sentimiento de pertenencia a la comunidad como un sostén cuando el compromiso individual se debilita o entra en crisis.

En ese contexto de la vivencia de los votos y la comunidad, me pregunto e invito a que puedan preguntarse:

- ¿Cómo redescubrir la belleza del vivir juntos en comunidad?
- ¿Cómo hacer de la vida en comunidad que surge de nuestra profesión algo deseable y no solo, como muchas veces sucede, un peso que soportar o el precio que pagar para ser por fin uno mismo o llevar adelante el propio proyecto?
- ¿Cómo alimentar el “nosotros”, esos lazos vinculantes, sabrosos y de solidaridad que se crean entre los hermanos y entre las hermanas por la profesión religiosa?
- ¿Cómo saber encontrar allí, en el espacio de la comunidad no el obstáculo, sino el sostén en los momentos de crisis o de cansancio?
- ¿Cómo crecer en la certeza que existe una fecundidad apostólica cuando decidimos compartir nuestra fraternidad con los laicos con los que trabajamos?



Para responder a estas preguntas y crecer en el gusto espiritual de la vivencia en comunidad de los votos propongo dos caminos.

### **1. Aguzar el sentido del Misterio en el que vivimos, nos movemos y existimos**

Esto significa una atención especial a la forma en la que se manifiesta el mundo de lo espiritual, incluido Dios. Es una sensibilidad al Invisible que nos llega siempre mediado a través de un cuerpo. No existe experiencia humana, por sublime que sea que no venga a través de los sentidos. Pero es necesario que los sentidos crezcan en una cierta familiaridad con el Misterio para ver, sentir, gustar y palpar al Invisible. Y también necesitamos prestar una renovada atención al contenido del misterio en perspectiva cristiana. Eso supone desarrollar una inteligencia del corazón como centro integrador de lo que somos, sentimos, valoramos y creemos. Es el corazón que mejor entiende y que comprende, integrando más elementos de realidad. Pero el Invisible que se manifiesta en lo sensible, a través de un cuerpo, es un punto de fuga que lo excede. Como expresa el Qohélet con admiración y piedad reflexiva: “Él ha hecho todo apropiado a su tiempo. También ha puesto la eternidad en sus corazones, sin embargo, el hombre no descubre la obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin” (Qo 3,11). Y, a su vez, el corazón mismo es también un misterio para el mismo ser humano, en sus motivaciones. “El corazón tiene sus razones que la razón no conoce”

(Blaise Pascal). Una familiaridad con el Misterio es también abrirse al Misterio que es cada persona, que nos rodea y que se manifiesta como tal.

Una expresión del Misterio es la experiencia de la vocación religiosa SSCC: ¿Por qué el Señor ha puesto su mirada en mí y me ha conducido a seguirlo en esta familia religiosa? La respuesta a esta pregunta no se da de una vez para siempre. Se trata de un diálogo permanente con el Señor y cuya respuesta última, esperamos, la encontraremos en el encuentro cara a cara con el Señor Resucitado.

Es lo que experimentamos a lo largo de nuestra vida. Se trata de vocaciones o llamados del Señor dentro de la vocación; la vocación religiosa al interior de la vocación bautismal, la vocación a un cierto tipo de servicio o estilo de vida, dentro de la comunidad o en la Iglesia. En todas esas vocaciones existe un “núcleo duro” al que necesitamos volver y familiarizarnos con él, alimentarlo en las diferentes opciones y respuestas que damos a lo largo de nuestra existencia en la vida religiosa. El papa Francisco ofrece una pista para llegar a ese núcleo espiritual duro que está como un río subterráneo en nuestra vida y que irriga nuestras diferentes opciones: “Creo que cada uno deba encontrar la raíz de la elección que el Señor ha hecho de mí” <sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Antonio Spadaro, *Stralci del colloquio di Papa Francesco con i superiori generali tenutosi all’Aula Paolo VI il 25 novembre 2016 en Civiltà Cattolica* 4000 (2017), 324-334.

---

Desde la familiaridad con ese núcleo espiritual, del Misterio que llama y nos habita, se puede atravesar con más fuerza y serenidad las dificultades y tensiones de la vida religiosa.

Los sacramentos contienen también una buena pedagogía para aguzar el sentido del Misterio y madurar en la inteligencia del corazón. Vivir el bautismo en esta óptica: con-morir con Cristo para resucitar con Él, y el vivir de ahora en adelante en Cristo, estrechamente unido a Él y a sus miembros, expresado simbólicamente en la inmersión y emersión... Pensemos en la profesión religiosa y su semejanza con la liturgia del bautismo: Interrogatorio con la dinámica de renuncia y de adhesión, postración/y el cubrimiento con el paño mortuario (inmersión y emersión), letanía de los Santos, profesión pública ante testigos, cambio de nombre, entrega de hábito y luz, abrazo y acogida de la comunidad.

La eucaristía que nos alimenta y nos une en un solo cuerpo. Incluso la comunidad reunida en su nombre se vuelve sacramento del Señor. En su Cuerpo además nos hacemos uno para entregarnos como él. En esta entrega reside la significación última de la castidad en el celibato. La escucha de la Palabra en la oración o sus resonancias en la vida de cada hermano aguza nuestro oído para percibir que Dios continúa haciéndose palabra, encuentro y carne en nosotros.

## 2. Redescubrir la belleza de la ascesis

En perspectiva cristiana, la ascesis no tiene un valor en sí misma, sino que obedece a una conciencia realista de las tensiones, incluso contradicciones que existen en nuestro ser. Pablo lo expresa, tal vez, en su forma más radical: “querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero” (Rm 7,18b-19). La ascesis consiste en ejercicios y prácticas que apuntan a liberarnos de los vicios inveterados y visiones distorsionadas que anquilosan el corazón humano. La ascesis es entonces un entrenamiento que acompaña toda la vida. Su objetivo último es crecer cada día más en la pureza de este corazón que es el que permite ver a Dios. La ascesis es una forma de cultivar el respeto por el Misterio de Dios que viene a nuestro encuentro y cobra rostro en Jesús, que nos habita y que tiene como sacramento el otro, mi hermano, mi hermana.

La ascesis permite también esperar a que el otro se manifieste en su misterio, y de acuerdo a sus tiempos. Es lo que dice el zorro al Principito que si éste quiere crear lazos deberá ser paciente y acercarse por aproximación, cada día un poco más cerca el uno del otro:

“Debes tener suficiente paciencia -respondió el zorro-. En un principio, te sentarás a cierta distancia, algo lejos de mí, sobre la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. La

---

palabra suele ser fuente de malentendidos. Cada día podrás sentarte un poco más cerca”<sup>20</sup>.

Es aceptar que el otro permanece indisponible a mis tiempos, a mis urgencias -centradas desde el individuo- incluso a mis palabras -fuente de malentendidos- y que acepta pacientemente, esperar en-la-relación, dejando que el otro se manifieste en su misterio, que incluye sus propios tiempos. Las relaciones, no son inmediatas en el tiempo, ni siquiera cuando el otro está “conectado” en el grupo de chat o a la distancia de un “click”. Se trata de aprender a estar presente ante el otro y a mirarlo con respeto, dejándolo ser ese otro que siempre está más allá de nuestras impresiones, por fuertes que sean y de nuestros juicios por certeros que sean<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Antoine de Saint-Exupéry, *Le Petit-prince*, París 1943, 80.

[http://www.cmls.polytechnique.fr/perso/tringali/documents/st\\_exupery\\_le\\_petit\\_prince.pdf](http://www.cmls.polytechnique.fr/perso/tringali/documents/st_exupery_le_petit_prince.pdf) [Consultado el 10 de febrero de 2022].

<sup>21</sup> Es interesante lo que dice el director de cine Martin Scorsese respecto a la importancia del aprender a mirar de modo justo las cosas y la vida en su misterio, “el dirigir la mente a considerar el gran y desbordante misterio del mero hecho de existir, vivir y morir” (572) o la gracia: “Algo que sucede en el curso de la vida. Viene cuando no lo esperas” (570) o el percibir a “Dios en el mundo de lo intangible” (569). Eso sucede desde dentro de la relación con las personas y los objetos es decir “ser tocado por la Gracia”. Esto supone una lucha para descentrarse, para que atravesando “mi propia absorción en mi propio trabajo, mi auto-absorción, a fin de estar presente para las personas que amo” (573). Y un paciente entrenamiento de los sentidos para poder ver justo el misterio, lo intangible, la gracia como tales. Al respecto dice que la

La ascesis tiene como espacio privilegiado el empeño por construir la comunidad como expresión de nuestro ser cuerpo congregacional y eclesial, imagen/símbolo de la vida trinitaria y que tiene su correlato simbólico y práctico en la fraternidad religiosa. La vida comunitaria no es la ascesis, aunque a veces lo sea. La comunidad es el espacio en donde podemos descubrir su belleza. Ella nos dispone a acoger respetuosamente al otro. Por la profesión he escogido que ese otro sea mi hermano, mi hermana. Por la ascesis descubro que el Señor me habla a través del hermano, de la hermana, incluso a través de los conflictos y tensiones que puedan surgir en la convivencia cotidiana.

Y la ascesis nos remite además a ese arduo y hermoso trabajo sobre sí mismos, para descubrir esta presencia espiritual en cada uno, su sentido y así irnos familiarizando con ella. La integración de la dimensión ascética en nuestras relaciones nos hace cambiar nuestra mirada, la purifica para reconocer la presencia de Dios en mi hermano y hermana. Presencia que no se reduce al psiquismo, sino que lo atraviesa y supera. Es permitirle a Dios

---

calle y el hacer films le han ayudado, sino a mirar con más justeza, al menos de otro modo, a cambiar su mirada: "Incluso esto es una gracia", me dice. "Sí, le respondo, haber sido tocado por la gracia significa ver las cosas en un cierto modo, de una manera diferente". "Los milagros suceden, pero a veces, los milagros son hechos de vida, y quienquiera recibe el milagro es capaz de descifrarles bien, de mirarlos con los ojos justos", me dice. "Y necesitamos, por lo tanto, estrenar nuestros ojos por años y a veces por décadas..." (Antonio Spadaro, *Entrevista con Martin Scorsese*, en *La Civiltà Cattolica* 3996 (2016), 567-568.

---

que sea Dios también en la vida de los hermanos y así permitirle que lo sea también en la propia vida de cada uno.

También la ascesis nos ayuda a hacer frente a esa tenaz tendencia al repliegue en uno mismo, al aislamiento, o en la herida narcisista. Y para vencer esta tendencia y sanar nuestras heridas contemos precisamente con los hermanos, sean de la comunidad local o no. No es alejándose de los hermanos que se resuelven los problemas de fraternidad, sino afrontando los conflictos “con lucidez, valentía y sentido del perdón” (Const. 45,3). Todo ello, sin perder “sentido del humor” sobre uno mismo para no tomarse demasiado en serio, y desdramatizar los conflictos que, a veces, hemos magnificado en nuestro interior.

“La práctica de la vida comunitaria orientada hacia el ideal que se ha descrito trae consigo pruebas, que constituyen una muerte de lo que hay en cada uno de individualismo y egoísmo y conducen de esa manera a una vida más plena y gozosa” (Const. 48).

A modo de resumen de estas dos dimensiones para recuperar el gusto espiritual de la vivencia de la fraternidad y de los votos, hago mías las palabras de Marko Rupnik y de Maria Campatelli cuando hablan de los votos religiosos, del Misterio al que apuntan y cuya belleza puede irradiar sólo cuando abrazamos la ascesis:

“Ved, puesto que lo que señalan nuestros votos -pero en general todo lo que implica el esfuerzo ascético, objeto de la promesa del monje- es una transfiguración del deseo, de la posesión, del poder y de los dinamismos fundamentales a través de los cuales cada uno construye su identidad, todo aquello tiene su lugar más propio para ser vivido en la comunidad, porque es la comunidad el lugar en el cual emerge la persona: aquí la pobreza no significa no poseer nada, sino vivir *aktemosyne*, *sine proprio*, es decir, renunciando a la propiedad y, por lo tanto, utilizando las cosas con amor y así se convierte en una reconciliación con los otros en el plano del compartir; la castidad significa un modo nuevo de amar; la obediencia, una comunión del Espíritu Santo’ (2 Cor 13, 13), una convergencia tal de los corazones que el Espíritu pueda hablar. La colaboración del ser humano con el don recibido se expresa exactamente en la confluencia de la vida, de los bienes, de la voluntad, en la convergencia relacional. La vida comunitaria, el compartir, el uso de los bienes, la obediencia -todo se convierte en el lugar en el que se realiza esta vida como comunión-, donde se realiza la presencia de Dios en nosotros. Por eso, la presencia de la vida de Dios en el religioso se revela en su no posesión relacional, porque así es la vida que ha recibido como don, esa que le ha comunicado el Espíritu Santo. Y se revela en el uso con amor, para



la comunión, de las cosas que encuentra, que lo rodean, de todo lo creado”<sup>22</sup>.

## V. PARA SEGUIR EL CAMINO, EL VOTO MÁS ESENCIAL

No quiero terminar esta reflexión con una conclusión. Más bien deseo que continuemos juntos este camino, hermanos y hermanas de la Congregación. Un camino hecho de vivencias, de luchas, de reflexión, y, sobre todo, de vida entregada y acogida cada día como respuesta al amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Es lo que nuestros fundadores llamaban “el voto más esencial” que sustentará nuestra misión y caracterizará nuestra fraternidad.

“Necesitamos un nombre que recuerde cada día a nuestros hermanos sus deberes y obligaciones, que les haga recordar a cada instante que deben sacrificarse por el celo por el Señor; que faltarán a su voto más esencial si quieren vivir sólo para sí mismos y no trabajar por la salvación de sus hermanos”<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Marko I. Rupnik-Maria Campatelli, *“Vedo un ramo di mandorlo”*. *Riflessioni sulla vita religiosa*. Lipa edizione, Roma 2015, 242-243.

<sup>23</sup> Marie-Joseph Coudrin, *Mémoire sur le titre des zélateurs* (6 décembre 1816).

No es que este voto se añadiera al voto de castidad, pobreza y obediencia, sino que apunta a mostrar la dinámica de fondo que anima a la profesión religiosa y que envuelve la vida entera: Nuestra vida no tiene otro sentido que el de entregarla, para que así, Dios la acepte como ofrenda de sacrificio y la asocie a su acción de amor reparador en nuestro mundo. Una tal entrega no se hace de una vez para siempre, sino de modo progresivo. Se trata de respuestas al interior de un diálogo permanente con los corazones de Jesús y de María. En ese diálogo junto a los hermanos, vamos descubriendo sus permanentes llamadas y en ellas la hondura del amor de Dios que se revela en dichos corazones.

La vida entregada en sacrificio de amor es lo que los fundadores han recibido como don para ellos y para la Iglesia. En el voto más esencial se encuentra la fuerza que sostiene en la dificultad y la persecución y el gozo sereno de unirnos a Jesús en su amor reparador por los hombres y mujeres.

“Bajo este título de celadores hemos soportado con alegría más de veinte años de persecuciones y de inquietudes. Es nuestro consuelo; nuestra felicidad, y me atrevería a decir, nuestra fuerza y nuestro apoyo. ¿Por qué nos obligarían a suprimir en tiempo de calma un nombre que nos ha mantenido en la tempestad?”<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Marie-Joseph Coudrin, *Mémoire sur le titre des zélateurs* (6 décembre 1816).

Que el testimonio de los fundadores y de los que han bebido en la fuente que brota de los corazones de Jesús y de María: Damián, Eustaquio, nuestros hermanos mártires de España y de Francia, y tantos otros hermanos y hermanas con los que hemos vivido y caminamos, nos animen a beber también en esa misma fuente y a hacer de nuestras vidas entregadas día a día, la expresión más simple y elocuente del voto más esencial.

# LA CENTRALIDAD DE LA EXPERIENCIA RELIGIOSA

*Derek Lavery ssc*  
*Vicario General*

## Introducción

Globalmente, los tiempos que vivimos son un tanto imprevisibles y reveladores. Impredecibles en el sentido de que nunca sabemos lo que va a ocurrir a continuación. Justo cuando empezábamos a respirar aliviados creyendo que el fin del Coronavirus estaba cerca, en febrero de 2022, Rusia comenzó su invasión de Ucrania, un conflicto que algunos califican de guerra y que, mientras escribo, sigue en curso. Estos tiempos también son reveladores porque, como dice el Papa Francisco, el coronavirus y, de hecho, lo que está sucediendo en Ucrania ha puesto al descubierto, a nivel mundial, nuestras falsas seguridades<sup>25</sup>.

Al mismo tiempo, diría que la guerra en Ucrania y los tiempos de encierro impuestos más de una vez a los pueblos, han generado también una seria reflexión sobre el rumbo y el

---

<sup>25</sup> Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia (27 de marzo de 2020): *L'Osservatore Romano*, 29 de marzo de 2020, p. 10.

futuro de la familia humana y sobre las brechas cada vez mayores entre los que tienen y los que no tienen. También existe una creciente preocupación por la sostenibilidad del planeta y sus recursos.

Por otra parte, aunque es evidentemente cierto que los tiempos de encierro significaron penurias y sufrimientos para muchas personas, en esos momentos se produjo también una reducción de la contaminación, una mayor conciencia de la naturaleza, un mayor reconocimiento de los que trabajan en el sector del cuidado de las personas y un aumento de las ocasiones en las que se buscaba proteger a los más vulnerables de la sociedad. Como señaló el Papa Francisco, "en los momentos de crisis se obtiene tanto lo bueno como lo malo"<sup>26</sup>.

Como cristianos, es nuestra vocación, nuestro deber, estar atentos a esos signos positivos de vida, ya que son indicios de que Dios está presente y actúa en el mundo, especialmente en situaciones difíciles y desafiantes. Como religiosos consagrados, discernir la presencia de Dios en el mundo y en la Iglesia debería ser una preocupación primordial para nosotros. Pero para poder ver a Dios presente en la Iglesia y en el mundo necesitamos ser capaces de ver y experimentar a Dios presente y actuando en nuestras propias vidas. Todo esto requiere una

---

<sup>26</sup> Papa Francisco, *Soñemos: el camino hacia un futuro mejor*, Simon & Schuster, 2020, p. 2.

cierta sensibilidad religiosa que es a la vez un hecho y algo que hay que fomentar.

No hace mucho traduje un trabajo realizado por nuestros hermanos Alberto Toutin y Nelson Rivera. Ambos reflexionaban sobre la educación SSCC y cada uno destacaba la importancia de educar a los niños no sólo para aprobar los exámenes, sino también para educarlos en la fe, acercándolos desde pequeños a la creación, al silencio, a la oración, a la biblia. Nelson Rivera señala que los niños llegan a descubrir y expresarse a través del arte, la música, la pintura, la literatura y el deporte. Creo que todo este ámbito de la formación humana y de la fe es necesario no sólo para los niños, sino también para aquellos, especialmente los más jóvenes, que entran en la vida religiosa. ¿Cómo se enseñó a nuestros candidatos a rezar o a practicar el silencio cuando vivían en casa? A medida que crecían, ¿se les introdujo en la vida espiritual, en las múltiples formas en que Dios puede hablarnos y relacionarse con nosotros a través de la creación y de las personas?

Uno de los retos centrales presentados por el Gobierno General saliente al inicio del Capítulo General de 2018 se refería a la necesidad de la Congregación de "sostener y fortalecer la vida interior"<sup>27</sup>. Esta aspiración no está tan alejada de la preocupación del Papa Francisco de que la Iglesia esté formada por

---

<sup>27</sup> Informe del Gobierno General, 2012-2018, 5.1.1.

"evangelizadores llenos de Espíritu que oran y trabajan"<sup>28</sup>. Este reto fue asumido por el Capítulo General y dio como resultado el documento guía del primer Capítulo: "Nuestro Ser Interior se renueva cada día"<sup>29</sup>. La seriedad con la que la Congregación asumió este reto es evidente en las diversas referencias a la renovación interior que se pueden encontrar en los distintos documentos del Capítulo.<sup>30</sup>

Del Capítulo General surgió la propuesta de establecer un Plan Común de Animación Espiritual.<sup>31</sup> Uno de los objetivos presentados posteriormente en el Plan 2020, era reavivar la centralidad de la experiencia de Dios en la vida de los Fundadores, para que podamos experimentar algo del entusiasmo/celo que ellos vivieron toda su vida - el entusiasmo que se manifestaba en los discípulos de Emaús, "¿no ardía nuestro corazón?" (Lc 24,32), el celo que sustentaba la convicción de los Fundadores de que "el Señor nos ha llevado de la mano"<sup>32</sup>.

---

<sup>28</sup> *Evangelii Gaudium*, 259-262.

<sup>29</sup> 39º Capítulo General, Roma, Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, *Nuestro hombre interior se renueva cada día*, pp. 9-17.

<sup>30</sup> *Ibid.* Promover la unidad de los hermanos y hermanas, 2.2; Patrimonio espiritual e histórico de los Sagrados Corazones, N. 1.

<sup>31</sup> *Ibid.* Promover la unidad de hermanos y hermanas, 2.2.

<sup>32</sup> Marie-Joseph Coudrin, "Memorándum sobre el título 'Celadores' dirigido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares" (6 de diciembre de 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 221.

## Experiencia Religiosa

“La primera razón para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, la **experiencia** de la salvación que nos impulsa a amarlo cada vez más”<sup>33</sup>.

La reflexión que sigue pretende ofrecer algunos comentarios introductorios sobre cómo podríamos entender la "experiencia de salvación" o la experiencia religiosa. Tengo la sensación de que la experiencia religiosa no es algo de lo que se hable con libertad o que se fomente en la Congregación y quizás incluso en la Iglesia en general. Una de las razones podría ser simplemente que nunca se nos dieron las herramientas (foro, vocabulario) que nos permitieran compartir algo sobre nuestra experiencia religiosa.

Una segunda razón podría ser que las personas que querían compartir su experiencia religiosa eran miradas con cierta sospecha, escepticismo o incluso con un poco de miedo. Un tercer factor podría ser la creencia errónea de que la experiencia religiosa estaba al alcance principalmente de los devotos y ascetas, de los buenos y santos. Hoy en día comprendemos mejor que esto no es cierto. Todo el mundo, con o sin fe, está hecho de tal manera que es capaz de experimentar a Dios, "cada uno a su manera"<sup>34</sup>. Para nosotros, como religiosos, es sin duda

---

<sup>33</sup> *Evangelii Gaudium*, 264. Ver también 1 Jn 4,9.

<sup>34</sup> *Lumen Gentium*, 11; *Gaudete et Exultate*, 10-11.



---

esencial que la base de nuestra vida consagrada, nuestra comunión y nuestro ministerio, sea alguna forma de experiencia personal o de consciencia de Dios.

Cuando consideramos la vocación, la unidad y la misión del Buen Padre y de la Buena Madre, podemos reflexionar sobre la experiencia de salvación que los unió, los mantuvo unidos y les permitió dar tanto fruto. Sabemos, por sus escritos y por los de la primera comunidad, que cada uno, de una manera particular, tuvo una experiencia personal del amor de Dios en un momento muy difícil de su vida: uno estaba escondido y la otra en la cárcel. Cuando la providencia los reunió, descubrieron, en un diálogo permanente, lo que tenían en común: la **conciencia** y **la convicción compartidas** de que en Francia ya no se experimentaba el amor de Dios y que Dios quería que trataran de reparar la situación fundando un grupo de hombres y mujeres que vivieran, contemplaran y anunciaran el amor de Dios, cada uno según sus diferentes circunstancias. "Ya no sabemos lo que significa el amor del Buen Dios",<sup>35</sup> es como lo expresó el Fundador. Para la Buena Madre, su experiencia de Dios en la cárcel y su posterior encuentro con el Fundador, la llevaron a hacer el voto de "estar crucificada en todo"<sup>36</sup>. Los Fundadores

---

<sup>35</sup> Marie-Joseph Coudrin, « Memorándum sobre el título 'Celadores' dirigido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares" (6 de diciembre de 1816) en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* 35, Roma 1963, 221.

<sup>36</sup> Henriette Aymer de la Chevalerie, « Billet al Buen Padre » (s.l.) 3 Febrero 1801) LEBM 16 en *Correspondencia*, vol 1, Roma 2008, 53-54.

mantuvieron vivas sus experiencias religiosas mediante el diálogo permanente, el recuerdo agradecido y poniéndose una y otra vez ante el Crucifijo o ante el Santísimo Sacramento.

Seguramente se puede concluir que, sin esas experiencias fundacionales, habría sido imposible que los Fundadores se convirtieran en los visionarios y misioneros llenos de espíritu y de celo, convencidos y perseverantes, o incluso que atrajeran a los muchos hombres y mujeres que se unieron a ellos en esta obra de Dios.

Pensando brevemente en las experiencias fundacionales, basta con considerar el relato de los discípulos de Emaús. Nos dicen que se alejaban de Jerusalén, abatidos y con sus esperanzas crucificadas. En el camino de Emaús tuvieron una profunda experiencia comunitaria y religiosa, que les hizo volver a Jerusalén para compartir con los demás lo que habían oído y visto. (Lc 24,32). San Pablo es otro ejemplo de alguien cuya vida dio un vuelco (Hechos 9, 1-19).

Pensemos también en María. María, de alguna manera, tuvo una experiencia personal de Dios (Anunciación) y seguramente fue esa experiencia, el recuerdo agradecido de la misma y la oración, lo que le dio el valor para seguir yendo del pesebre a la cruz, esperando contra toda esperanza.

Por último, está Jesús. ¿Cómo podría haber soportado una vida que lo llevó finalmente a la Cruz si no hubiera experimentado de alguna manera la cercanía de Dios, ya sea en su Bautismo, o en el desierto, o en la montaña, o en la oración?

Dicho esto, ninguno de nosotros somos ni los dos discípulos de Emaús, ni Pablo, ni María, ni Jesús. El Papa Francisco, en su reflexión sobre la santidad, señala que no debemos desanimarnos ante los ejemplos de santidad que parecen inalcanzables<sup>37</sup>. Cada uno de nosotros tiene que seguir el camino que saca lo mejor de sí mismo. Nadie está excluido de la llamada divina a la santidad y al conocimiento de Dios. Todos hemos sido creados capaces de recibir, contemplar, vivir y proclamar el amor de Dios. Hay en nuestro ADN humano una sensibilidad religiosa a lo trascendente y a la presencia divina en el mundo.

A continuación, se exponen una serie de afirmaciones generales y específicas sobre la experiencia religiosa.

### **Algunas afirmaciones generales sobre la experiencia religiosa**

- ❖ La persona humana es siempre el punto de partida de cualquier reflexión sobre la experiencia religiosa. Toda

---

<sup>37</sup> *Gaudete et Exultate*, 11.

persona humana es objeto del afecto de Dios. Para ello, toda persona humana es capaz de responder y llegar a Dios.

- ❖ La verdadera esencia de Dios es buscar, incondicional y respetuosamente, la comunicación y la relación con todos y cada uno de nosotros. Dios no está reservado sólo para los buenos y los grandes.
- ❖ No hay límites a cuándo, dónde y cómo Dios puede compartir el amor divino con la familia humana.
- ❖ Una experiencia religiosa se da cuando el Señor se revela o se comunica, y el otro es o se hace consciente de ello. Esa consciencia sólo puede entenderse como **consciencia de gracia**.
- ❖ A veces podemos ser conscientes en el momento de la presencia de Dios y otras veces nos damos cuenta de su presencia al reflexionar sobre lo sucedido, por ejemplo, en el relato del Camino de Emaús.
- ❖ Las formas en que podemos experimentar a Dios son **infinitas**. Para algunos, Dios se experimenta a través de la familia y los amigos o a través de la música, la poesía, el cine, la admiración, la belleza y el poder de la naturaleza. Otros pueden haber sentido a Dios cerca al ser testigos de un momento de ternura intercambiado entre dos personas, o de una puesta de sol o un amanecer, o quizás del sonido de un pájaro cantando o de una canción.

---

Otros vuelven a sentir a Dios de alguna manera presente cuando están cerca del mar o en medio del campo o escalando montañas. Tal vez sea en la oración o en la quietud o el silencio donde se experimenta a Dios como una presencia amorosa o tranquilizadora.

- ❖ Está claro que no “debemos” limitar la experiencia religiosa a la Iglesia, lo sagrado, la oración y lo positivo. La presencia de Dios puede experimentarse también en los momentos de crisis, en la enfermedad y en la muerte, en las experiencias cercanas a la muerte, en las humillaciones, en el pecado.

### **Afirmaciones específicas sobre la propia experiencia religiosa<sup>38</sup>**

- ❖ La experiencia de ser consolado, de ser reconocido o de sentirse seguro en el universo, es lo que William James llama una experiencia religiosa. Es religiosa porque implica el reconocimiento de nuestra impotencia y, por tanto, nuestra dependencia de un poder superior. (El coronavirus nos ha mostrado lo delicada que es la vida humana y cómo puede extinguirse en un momento).

---

<sup>38</sup> Los siguientes puntos están extraídos de la obra de William James, *Variedades de experiencias religiosas: Un estudio sobre la naturaleza humana*, (1902).

- ❖ Muchas personas, cuando intentan describir su experiencia, hablan de ella como algo muy real, sobrecogedor, memorable, unificador, edificante, persuasivo, convincente e innegable, que evoca la tristeza, la alegría, el remordimiento y la resolución; un sentimiento de paz, una sensación de ser uno con todo... "Que se me seque la mano derecha si me olvido..." (Salmo 137,5).

*Kimberly Rose Aguada recuerda una de las partes más memorables de una peregrinación a Kalaupapa, Molokai. "Subimos por un sendero y en la cima había una gigantesca cruz blanca. Dominaba todo el asentamiento y un hermoso valle. Cuando me senté bajo la cruz, oí el viento que soplaba entre los árboles. Era casi como si Dios estuviera hablando. Recuerdo que me senté allí y me sentí en paz. Sentí realmente que Él estaba allí conmigo. Todavía me da escalofríos"*<sup>39</sup>.

- ❖ Una experiencia religiosa puede juzgarse "por su funcionamiento en conjunto". "Por sus frutos los conoceréis, no por sus raíces". (Mateo 7:20) Por lo general, una experiencia de este tipo provoca en la persona algún tipo de buena intención energizada y la resolución de cambiar de dirección en la propia vida o de entregarse a lo que es.

---

<sup>39</sup> <https://chaminade.edu/6780/students-experience-spiritual-growth-through-kalaupapa-pilgrimage/>

## **Cuatro rasgos que califican una experiencia religiosa como mística:**

- 1. Inefabilidad:** la dificultad para describir la experiencia a otros; sólo se puede entender cuando se experimenta directamente; otros que no han tenido una experiencia similar les cuesta entender la importancia de la experiencia.
- 2. Cualidad no-ética.** La experiencia trae consigo percepciones, iluminaciones, revelaciones.
- 3. Efímero.** Estos estados no se pueden mantener durante mucho tiempo: quizás 30 minutos, 1-2 horas antes de que el estado se desvanezca. La calidad del estado místico sólo puede reproducirse en la memoria de forma imperfecta. La experiencia y su significado, aunque se atenúe, nunca se olvida del todo y puede volver a producirse.
- 4. Pasividad.** El místico a menudo se siente como si estuviera agarrado y retenido por un poder superior. En otras palabras, la experiencia religiosa es un hecho y no algo que pueda "fabricarse". Dicho esto, nada nos impide crear las condiciones que puedan cultivar o fomentar dicha experiencia: tiempo de oración, meditación, práctica para la toma de conciencia.

**“El cristiano devoto del futuro será o bien un "místico", alguien que ha experimentado "algo", o bien dejará de ser algo”<sup>40</sup>.**

Esta frase de Karl Rahner sj, citada a menudo, se basa en su creencia de que Dios nos hizo para que **Dios pudiera amarnos**, lo cual no es lo que se enseñaba a las generaciones anteriores en catequesis. Se nos enseñaba que la razón por la que Dios nos hizo fue "para conocerle, amarle y servirle en este mundo, y para ser felices con Él para siempre en el cielo"<sup>41</sup>. La diferencia es muy importante, ya que sitúa nuestra relación con lo divino bajo una luz completamente diferente. Creer que hemos sido creados para ser amados nos pone en un camino humano en el que intentamos descubrir cómo nos ama Dios en el desarrollo de nuestra vida ordinaria, a menudo mundana. El místico es, pues, el que crece para ver a Dios en todo.

Esto no es más que un breve esbozo sobre la experiencia religiosa. No me cabe duda de que muchos de vosotros, si no todos, al leer esto podréis recordar más de una experiencia religiosa en vuestras propias vidas. Espero que esta reflexión os ayude a articular vuestras experiencias religiosas y a ser más conscientes de ellas.

---

<sup>40</sup> Karl Rahner, "La vida cristiana de antes y de hoy", en Investigaciones teológicas VII, trad. David Bourke (Nueva York: Herder and Herder, 1971).

<sup>41</sup> <https://www.sacred-texts.com/chr/balt/balt1.htm>



Como religiosos y laicos de los SSCC, es muy importante, si no esencial, que nuestra vida y nuestro ministerio se apoyen en la oración y en nuestra relación con Jesús y, a veces, en la sensación de que Dios está con nosotros. Es cierto que se puede experimentar a Dios en la comunidad y en el ministerio<sup>42</sup>, pero "nuestra comunión en la misión está más profundamente enraizada en nuestro encuentro personal con el Señor Resucitado"<sup>43</sup>. Está claro que el Señor desea encontrarse con nosotros de manera personal.

A este respecto, el Papa Francisco acaba de publicar una Carta Apostólica sobre la necesidad de la formación litúrgica del pueblo de Dios <sup>44</sup>. Para Francisco, la liturgia es el lugar de encuentro con Cristo **vivo** <sup>45</sup>. Una de las pistas que ofrece para nuestra reflexión es lo importante, incluso esencial, que es el **asombro** en el acto litúrgico. Tenemos que volver a aprender a maravillarnos y asombrarnos de haber sido elegidos para ser el cuerpo de Cristo en y para el mundo, guiados siempre por la cabeza, que es Cristo.

Si tenéis tiempo, os sugiero que os toméis los próximos minutos para reflexionar y pensar en vuestras propias expe-

---

<sup>42</sup> Constituciones, 43.2.

<sup>43</sup> Constituciones, 50.

<sup>44</sup> *Desiderio Desideravi*, 29<sup>th</sup> June, 2022.

<sup>45</sup> *Desiderio Desideravi*, 10.

riencias religiosas: pueden ser una percepción de que Dios os ama, o tal vez visteis u oísteis algo o alguien hermoso que os animó, o tal vez fuisteis conscientes de un gran desastre y supisteis que Dios os había salvado, o estabais a punto de rendiros cuando en el último momento y de la nada llegó una respuesta, una visión, una claridad u otra forma de ayuda. Esos momentos son verdaderamente encarnados, "lentos de gracia y verdad" <sup>46</sup> y merecen ser recordados y atesorados para siempre en nuestros corazones.

---

<sup>46</sup> Juan 1, 14.